

La invasión de los **ELECTRÓFAGOS**

**ALAN
COMET**



FA



ROB

Lectulandia

Ésta es la historia de la lucha atroz de dos mundos: uno errante y en la última fase de su existencia y otro fijo, viviendo los maravillosos momentos de su evolución ascendente. El primero, sin nombre y sin destino, algo extraño y casi inconcebible; una presencia atroz en el cielo como las que deben estar, en realidad, ligadas, amarradas y ceñidas a las espantosas condiciones ambientales del espacio.

Lectulandia

Alan Comet

La invasión de los electrófagos

Robot - 2

ePub r1.0

Thalassa 15.03.16

Título original: *La invasión de los electrófagos*

Alan Comet, 1955

Retoque de cubierta: Thalassa

Editor digital: Thalassa

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A MANERA DE NOTA PRELIMINAR

ESTA ES LA HISTORIA DE LA LUCHA ATROZ de dos mundos: uno errante y en la última fase de su existencia y otro fijo, viviendo los maravillosos momentos de su evolución ascendente. El primero, sin nombre y sin destino, algo extraño y casi inconcebible; una presencia atroz en el cielo como las que deben estar, en realidad, ligadas, amarradas y ceñidas a las espantosas condiciones ambientales del espacio ascendente hacia un «essor» industrial, con muchos graves problemas resueltos y con muchos graves problemas por resolver. Porque... ¡Guay de aquellos que piensen que el FUTURO convertirá nuestro planeta en un Edén! Si así lo hacen, llevados por una idea tan inconsecuente como fantasiosa, cometerán, con ellos y con su prójimo, el error más burdo, la equivocación más palpable; el equívoco más desastroso.

Para aquellos que creen que el Tiempo y la Evolución de la sociedad nos darán la felicidad y la paz, está escrito este libro... y otros más. Y si olvidan, llevados por la lectura de todos esos falsos «profetas» del FUTURO, que la Tierra es y será un valle de lágrimas, las líneas que siguen intentaran demostrarles que aunque los peligros internos desaparezcan, nuestro Planeta puede ser el centro de luchas desesperadas entre los infinitos Mundos que habitan el Espacio.

LA HISTORIA DE LOS ELEGROFAGOS

El tiempo, tal y como lo comprenden los Hombres, no tiene significación alguna en la Historia de los Electrófagos. Debemos, pues, de prescindir definitivamente de marear fechas que no sean aproximadas y con muchas probabilidades de error...

Mil millones de años antes que se formase el Sistema Solar, una formación, salida del interior de la Constelación de Andrómeda, vivía ya plenamente, en un conjunto planetario, alumbrado por un potente Sol alrededor del cual giraban, en órbitas elípticas, ocho planetas y sesenta y cuatro satélites. Debido a circunstancias astrofísicas, la vida no pudo llegar a manifestarse más que en uno de ellos, el más grande, situado a unos trescientos millones de kilómetros de su Sol —algo así como la distancia que separa Marte del nuestro—. Este planeta, al que llamaremos Kruphon, es el centro de nuestra Historia...

La vida en Kruphon siguió las líneas de desarrollo comunes a la existencia en todos los cuerpos del Espacio, con las diferencias características de cada uno. La Humanidad Kruphiana pasó por los estados prehistóricos —los kruphianos vivían en cavernas y desconocían el fuego— hasta que, lentamente, a través de millones de años, fueron explotando su natural inteligencia y, después de atravesar por épocas activas y siglos de retroceso, alcanzaron una civilización fantástica cuando nuestro Sistema Solar giraba aún en estado incandescente.

Todo lo que podamos contar de la vida en Kruphon lo conocemos ya. Esta información, que puede parecer excesivamente gratuita, no deja de encerrar una gran verdad. Considerando a los kruphianos como seres humanos, tenemos que decir — ¡que confesar, debíamos decir mejor!— que allí donde se encuentre el Hombre habrá siempre odio, envidia, bajas pasiones y, afortunadamente, también amor y sacrificio...

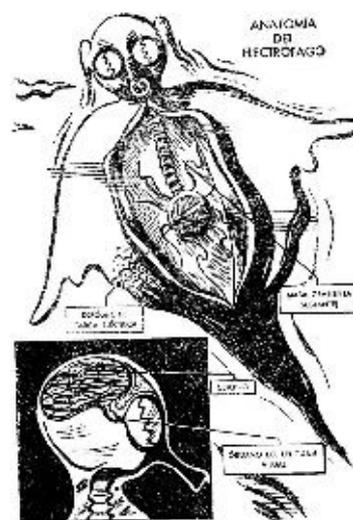
Hubo en Kruphon de todo: sabios monarcas que colmaron de dicha a sus pueblos y que dejaron la congoja de una vida limitada a los que les hubieran deseado inmortales; déspotas y tiranos cuya memoria fue mil veces maldecida por los que sufrieron bajo su terrible mandato. Hubo guerras, revoluciones, bárbaras matanzas y heroicos sacrificios. Después, cuando los kruphianos se percataron de su locura; cuando las terribles armas nucleares diezmaron sus ciudades y disolvieron en el éter vengador a millones de seres que sólo deseaban vivir en paz, una época de tranquilidad, que tenía más de arrepentimiento que de otra cosa, hizo que los pocos seres que habían quedado con vida, olvidasen sus querellas y diferencias y se consagrasen a vivir en una hermandad deliciosa...

¿Cuántos milenios pasaron así? ¡Quién sabe! Kruphon volvió a superpoblarse, las gigantescas ciudades se convirtieron en hormigueros vivientes en los que los seres luchaban por una existencia cada vez más difícil... ¡Y otra vez llegaron las guerras, las calamidades, bajo la égida de los espectros de los Cuatro jinetes del Apocalipsis...

Pero, entonces..., cuando el orgullo de los kruphianos alcanzaba su cénit, los

sabios de la época; los hombres que pasaban su vida en los laboratorios y aquellos que contemplaban el Infinito, el Vacío, el Espacio, lanzaron el grito de alarma que conmovió al Sistema Solar Kruphiano hasta en sus más hondas raíces. Porque, los seres de Kruphon habían conquistado los siete planetas, en los que impusieron su vida y sus costumbres a cuerpos siderales que habían sido condenados a no tener vida. Los astrofísicos se dieron cuenta que el Sistema se venía abajo, que los mundos de que habitaban se disolverían lentamente en el espacio, en forma de polvo cargado de electricidad. Sólo quedaría eso: ELECTRICIDAD, que es la forma de energía que no puede desaparecer jamás.

Millones de años transcurrieron aún, mientras los astros de aquel sistema se iban reduciendo, lentamente, a un polvo que flotaba en el Vacío... Millones de años durante los cuales, la vida hubo de plegarse a las nuevas exigencias. Y así aconteció que los kruphianos se fueron transformando en seres aptos para vivir en las nuevas condiciones que se les imponía. Sus organismos se convirtieron, sus formas sufrieron profundas mutaciones y cuando el sistema solar kruphiano desapareció por completo, reducido a un polvo cósmico, los atónitos ojos del Espacio pudieron contemplar a las extrañas criaturas que flotaban, dentro del campo gravitatorio de aquella polvareda cósmica, alimentándose de la única sustancia que quedaban. ¡LA ELECTRICIDAD!



Así, aproximadamente en el tiempo que se montaba en la Tierra el formidable edificio del Imperio Romano, a millones de años-luz^[1] de nuestro sistema, se iniciaba la «vida» (¿podemos llamarla así?) de unos nuevos seres en los que se habían convertido los pobladores de un mundo desaparecido y supercivilizado. Los kruphianos se habían transformado en...

LOS ELECTROFAGOS

¡Comedores de electricidad!

Flotando en el Espacio, sin pulmones, con sus organismos adaptados a su única forma de existencia, los ELECTRÓFAGOS, vagaban en el Vacío cósmico, pobladores de los abismos intersidiales, viviendo, reproduciéndose y muriendo en unas circunstancias fantásticas y flotando a merced de la masa de su polvareda cósmica cuya carga eléctrica iba disminuyendo lenta, más seguramente...

¿Por qué atravesó nuestro Planeta aquella nebulosa extraña? Nadie lo supo jamás a ciencia cierta. Lo positivo, lo absolutamente real, fue que la Tierra, en su camino a través del Espacio, surcó aquel mundo de pesadilla cuando sus habitantes empezaban a sentir que la electricidad —que para ellos era la única «fons vitae»— estaba

desapareciendo. Y al percatarse —porque la inteligencia no había desaparecido de sus cerebros— de que se encontraban junto a un mundo excesivamente rico en electricidad, se lanzaron «hambrientos» sobre nuestro Planeta.

Y así aconteció aquel fantástico episodio de nuestra Historia, ocurrido en el siglo XXI de nuestra Era, que recibió el terrible nombre de...

LA INVASION DE LOS ELECTROFAGOS

PRIMERA PARTE

«... Voy a morir, Señor. Y he dado mi sangre.
Y no recibo nada en cambio».
(«Ciudadela»)

CAPITULO PRIMERO

Huntley Rank-Lattimer pulsó el botón de su «fonotelevisor». La ovalada pantalla se iluminó inmediatamente, apareciendo en ella la linda figura de miss Margaret Brand, secretaria adjunta de la «Pan-Electric Center Control» del Imperio Trans-Atlántico, del que era director míster Rank-Lattimer.

—¿Señor...? —inquirió la joven con una graciosa mueca.

Huntley sonrió, a su vez, antes de contestar.

—¡Mándeme a ese lunático, miss Brand! Porque supongo que continuará en la sala de espera sin darse cuenta de que no tengo mucho tiempo que perder escuchando las estupideces del primero que venga.

La joven pareció no haber escuchado la última parrafada de su jefe. Así, contestando a la primera parte.

—Sí, míster Rank —repuso sin dejar de ofrecer en la pantalla el encanto de un gracioso y atractivo gesto—. Ese joven continúa en la sala de espera desde que llegó esta mañana muy temprano. Debe estar viendo la última edición televisada del «New York Tribune».

—Está bien —cortó Huntley—. Hágale subir, por favor.

La brillante pantalla se apagó y miss Brand, que estaba sentada ante una enorme mesa, sobre la que se amontonaban los papeles en cantidades inverosímiles, se levantó dirigiéndose a una puerta que había al fondo de la enorme estancia que constituía su despacho de secretaria adjunta. Al acercarse a la masa vítrea que formaba la puerta, la célula fotoeléctrica hizo que se abriese, en dos partes, dejando ver la sala de espera.

Un hombre, de espaldas, miraba con interés las noticias deportivas del «New York Tribune». En la pantalla del receptor televisor se desarrolla un emocionante partido de «basse-ball» que parecía atraer toda la atención del que esperaba. Tan concentrado estaba en el espectáculo, que no oyó la llegada de la joven.

Ésta, cuando estuvo junto a él, recordó que había olvidado su nombre.

—¡Señor! —llamó con voz comedida.

Pero el visitante no la oyó. Absorto en el interesante partido, sus cinco sentidos estaban intensamente concentrados en las rápidas escenas que se sucedían en el aparato. Miss Brand se detuvo un instante, verdaderamente divertida al ver que nada podía llamar la atención de aquel hombre que no fueran las imágenes televisadas.

En la posición en que se encontraba, la joven podía distinguir un afilado perfil, una tez morena, la mitad de un bigote intensamente negro y un ojo brillante. Todo ello enmarcado en una cabeza de líneas regulares, de la que sobresalía, por la parte anterior, una nariz algo aguda y, por la parte inferior, un maxilar que indicaba tenacidad y voluntad poco comunes.

Fue entonces cuando recordó el nombre del desconocido.

—¡Mister Milestone! —exclamó alzando la voz.

El hombre giró la cabeza mirándola intensa y detalladamente. Ella se ruborizó un tanto y la sonrisa que ornaba sus labios se apagó repentinamente. Entretanto, el otro había apagado la televisión, levantándose seguidamente.

—Bruce Milestone soy yo —explicó.

Ella, al comprobar que la mirada del muchacho se concentraba en su rostro, volvió a sentirse de aplomo. Y con un mohín que aumentaba extraordinariamente los encantos de su cara.

—El director esta dispuesto a recibirle, míster Milestone.

El hubiese querido que la frase que acababa de pronunciar la joven hubiese sido mucho más larga. Tal era el efecto que le había causado aquella voz armoniosa y de una sonoridad tan deliciosa... Tomando un tono burlón, más para salir de la tensión emocional que le estaba ganando que para otra cosa.

—¡Así que el director se digna a recibirme! Menos mal que no ha tardado más que ocho horas en decidirse. De todas formas hubiese esperado aquí hasta el día del Juicio Final —luego, dirigiéndose directamente a la muchacha y adivinando la pregunta que afloraba a sus labios, agregó—: He comido en el «drugstore» del piso 235. Es un delicioso lugar desde el que se domina gran parte de la ciudad. Para un «pueblerino» como yo, todo este espectáculo tiene algo de extraordinario.

—Haga el favor de seguirme —cortó ella, temiendo dejarse llevar por el encanto que irradiaba de aquel muchachote que, además, parecía tener paciencia.

El la siguió a través de anchos pasillos hasta la llegada a un ascensor particular que la joven abrió pasando al interior. Bruce la imitó y durante el corto y rápido trayecto no cambiaron ni una sola palabra.

Las puertas se abrieron y el hombre se percató de que aquel ascensor daba directamente en el despacho del director de la «Electric Control Center». Al fondo de la enorme estancia, Huntley, sin dedicar una sola mirada a los recién llegados, continuaba consultando unas notas con creciente interés.

La secretaria avanzó, seguida siempre por el visitante. Este sonreía al apercibirse del temor con que andaba miss Brand. Se veía claramente que el «patrón» era, además de un personaje, un hombre respetado y temido.

Estaban ya a una mínima distancia de la enorme mesa, cuando Huntley se dignó a levantar la cabeza. Después de quitarse, con un gesto mecánico, las gafas que llevaba, miró directamente al joven al que examinó con la curiosidad del que acaba de encontrarse con un Diplodocus en plena calle.

—El señor Bruce Milestone —anunció la secretaria señalando al visitante.

El director volvió el rostro hacia la muchacha. Una sonrisa apareció en sus labios.

—Está bien, miss Brand. Puede disponer. Le ruego que dentro de unos minutos me avise. Gracias.

Ella le sonrió también para colmo de la cólera que se estaba apoderando de Bruce. Éste se daba cuenta de la «delicadeza» del jefe hacia su secretaria y, sin embargo, del tiempo que iba a concederle como entrevista, derivado de la fracesita: «dentro de

unos minutos me avisa».

«Ya veremos» —dijo para sí el muchacho.

La secretaria se alejó hacia el ascensor andando graciosamente sobre la espesa alfombra que cubría el suelo de la estancia, sin dignarse en una mirada hacia el recién llegado.

—Tengo mucha prisa, míster...

—Bruce Milestone —completó el aludido con una voz que no admitía réplica.

—He leído su informe —siguió Rank-Lattimer sin alzar la cabeza de los papeles que estaba compulsando—. Todo ello es muy interesante como estudio eléctrico... —carraspeó sonoramente—. Pero en realidad y hablando crudamente, creo que hubiese hecho usted su fortuna si se hubiese dedicado a novelista...

Bruce, que había permanecido en una posición de respeto, cruzó las piernas y sacando su pitillera, extrajo un único cigarrillo que se llevó a los labios, encendiéndolo seguidamente. Sus manos temblaban ligeramente.

—Señor director. Voy a olvidarme unos momentos de que pertenezco a la «Electric Control Center» y que, por lo tanto, soy uno de sus..., digamos empleados. Señor director, le aseguro que esperaba respuestas tan poco razonadas como la que acaba usted de hacerme.

—¿Qué? —inquirió furiosamente Huntley levantando los ojos del escrito y olvidando el quitarse las gafas.

—Como lo oye —repuso tranquilamente Milestone—. Cuando salí de mi Estación del Observatorio de San Juan del Salvamento, en la isla de los Estados, sabía perfectamente que mis informaciones iban a causar en New York una..., digamos hilaridad —había arrojado la colilla en el centro de un enorme cenicero de mármol negro que había sobre la mesa—. Sin embargo, insisto, cuantas veces sea necesario, que los datos que van ahí —señaló los papeles que Huntley había estado estudiando— son de una certeza matemática y no el producto de una fantasía con la que usted quiere obsequiarme, pero que no necesito en absoluto.

—¡Pero, si es imposible! —protestó el director.

—Llámelo como quiera. «Imposible», «inverosímil», «improbable» o «incierto». Cualquier adjetivo podrá ir bien a su manera de pensar. Pero, los hechos, diga usted lo que diga, seguirán expresándose en cifras y a éstas no se les puede llamar más que con un nombre «matemáticas».

Rank-Lattimer observó con mayor atención de lo que había hecho hasta entonces. Quizás aquel mentón cuadrado, la luz intensa que brillaba en las azules pupilas del muchacho. Algo, en fin, pareció dar paso a una credulidad mayor de la que sentía hacia el visitante.

—Aquí dice usted —estaba revisando las cifras de que aparecía cuajado el informe, que la caída de tensión en los cables que salen de la fábrica de energía atómica de Buenos Aires, ha llegado a ser tan importante que toda la colonia del Cabo de Hornos ha tenido inmensas dificultades para poder desarrollar su trabajo y

no ha llegado a poseer una iluminación convenida— levantó los ojos hacia su interlocutor. —Supongo que se habrán realizado todas las investigaciones pertinentes para obviar la existencia de alguna avería.

Bruce asintió con la cabeza antes de contestar.

—Personalmente —repuso— he recorrido en autogiro toda la zona alámbrica hasta la ciudad de Buenos Aires y vuelto hacia mi observatorio por el camino que llevan las derivaciones secundarias. Los detectores no han demostrado la existencia de avería alguna.

—¿Cómo se explica usted?

—Es bastante difícil poder exponer cualquier hipótesis sobre esto. Lo más raro de todo es que los descensos de energía se producen siempre durante la noche y en zonas de lo más variable. Hasta ahora no he podido imaginarme nada que explique estas anomalías.

Rank-Lattimer jugueteaba con su pluma estilográfica, cuando la pantalla del «fonotelevisor» se iluminó dejando ver la imagen de su secretaria.

—Tal y como me indicó, le prevengo, señor director.

La voz de aquella deliciosa muchacha volvió a cosquillear en los oídos de Bruce. Si alguna vez había sentido el vivir alejado de New York era en aquellos instantes.

—Acabo en seguida, miss Brand. Muchas gracias —luego, volviéndose al joven—. Tendrá que darme algún tiempo para que estudie este asunto. De todas formas puede usted seguir reuniendo datos sobre estos extraños fenómenos de manera a poder presentar cantidad de datos ante la Comisión de Control del Imperio.

Se estrecharon las manos y Bruce, que tuvo la desgracia de salir por una puerta que le condujo directamente a un ascensor público, maldijo el que no le hubieran autorizado a descender por el que conducía directamente al despacho de la señorita Brand.

El joven no tenía demasiadas ganas de regresar al Sur del continente sin haber tenido la ocasión de charlar un poco, en un lugar tranquilo, con la secretaria del director del «Electric Control Center». No perdiendo de vista esta idea, cruzó la gran avenida, instalándose en un bar desde el que podía vigilar cómodamente la salida del enorme edificio.

Por encima de todo, la mente del joven ingeniero deseaba limpiarse un tanto de las preocupaciones que le habían obligado a hacer aquel viaje a New York. Se daba perfecta cuenta de que mister Rank-Lattimer no había captado la realidad de todo cuanto Bruce le había indicado en su informe. Aquellas pérdidas de electricidad iban a causar serios quebrantos, ya que afectaban una extensa zona industrial que se extendía desde los alrededores de la ciudad de Buenos Aires hasta el Estrecho de Magallanes.

Quizá, pensaba Bruce, que todo aquello era menos grave de lo que en realidad él había creído. Pero, algo íntimo, de una naturaleza rara; algo así como una intuición que parecía no tener base alguna, le decía que aquel asunto no era más que la

iniciación de un grave problema cuyas consecuencias podían llegar a ser catastróficas.

El muchacho, mientras bebía su tercer «whisky», sin dejar de mirar a la puerta del edificio que tenía enfrente, se prometió hablar aquella misma noche con su compañero, el ingeniero Jimmy Perelli, al que había dejado al cargo del Observatorio Electrónico del cual era director.

La aparición de la joven secretaria, que descendía las amplias escaleras de mármol, borró de su mente toda idea que no fuese el dirigirse rápidamente hacia ella. Dejando el dinero sobre la mesa, atravesó rápidamente la avenida, procurando acercarse lo antes posible a la esbelta figura que se alejaba ya entre la compacta masa de los transeúntes.

A medida que se iba aproximado a ella, Milestone calculaba el número de probabilidades que podía tener de ser rudamente alejado por aquella hermosa mujer.

«De todas formas —pensó— nada se pierde por intentarlo».

Uniendo la acción a la idea, salvó los últimos obstáculos humanos que le separaban de la muchacha y colocándose, al mismo paso, junto, a ella, abrió el fuego decidido a todo.

—¡Miss Brand, qué sorpresa más grande! —Hizo todo lo posible para que su mentira no lo pareciese—. ¡Jamás hubiese creído que la encontraría tan temprano!

Ella se había detenido y volviendo el rostro hacia Bruce, le miraba con una luz burlona en las pupilas.

—¿Es que pensaba usted encontrarme más tarde? —inquirió con sorna.

—¡No he querido decir eso, señorita Brand! —El joven se percató, demasiado tarde, que había cometido un error—. En realidad, si la he encontrado ha sido por pura casualidad.

—No me gusta que me mientan, míster Milestone —repuso vivamente ella—. Hace un buen rato que estoy viéndole, por los escaparates, atropellando a todo el mundo para acercarse a mí.

El emitió un silbido de sincera admiración. Luego, sonriendo, se declaró vencido.

—¡Me ha cazado usted! —Lanzó un sonoro suspiro—. Si he de serle franco, lo que acaba usted de decir, es la verdad, y si sirve algo ser completamente sincero, debo agregar que llevo esperandola, en el bar de enfrente, desde que salí de hablar con su jefe.

Una sonrisa ornó los labios de Margaret. La muchacha, deseando terminar la tortura del ingeniero, cambió rápidamente de conversación.

—¿Ha convencido usted a Huntley? —inquirió con curiosidad.

Bruce movió la cabeza negativamente.

—Lo preveía mucho antes de llegar a New York —confesó él—. Nada más que le vi, cómodamente sentado en su despacho, me percate de que todos sus informes acabarían su triste existencia en el cesto de los papeles.

—Creo que exagera usted un poco...

—¡Era muy difícil que me creyese! —suspiró él—. Después de todo, es posible que todo el temor haya nacido de mi cerebro —se percató de que estaba molestando a los que pasaban junto a ellos—. ¿No será una fantasía mía la de pedirle que vayamos a cenar juntos?

Margaret vio que la angustia se pintaba en los ojos del joven. No supo nunca si accedió por un humano sentido de caridad o... por otra cosa muy distinta y sobre la que no podía engañarse a sí misma. Lo cierto es que, brindando el brazo al muchacho, dijo sonriendo.

—Hay veces en que la más loca fantasía puede convertirse en realidad. Ésta es una de ellas.

Fue naturalmente la joven la que eligió el lugar en que cenaron, así como también el menú y hasta los licores. En realidad, el ingeniero Bruce Milestone era completamente incapaz de ocuparse de otra cosa que no fuese el mirar, sin descanso, a aquella preciosidad con la que le parecía un sueño encontrarse.

Electricidad, descenso de voltaje, preocupaciones, informes y problemas, se borraron de la mente del ingeniero de una manera absoluta. Todo su ser estaba dedicado a la observación y el goce espiritual que le proporcionaba su compañera. Margaret, muchacha de una preparación sólida y acostumbrada al trato con las grandes personalidades del Imperio, era una deliciosa conversadora, encanto que se unía a los demás para intensificar además el efecto que había causado en Bruce.

Cuando las luces del local se apagaron inopinadamente, fueron ellos los más sorprendidos y al percatarse de que el «corte» se prolongaba demasiado —los empleados del local habían encendido unas linternas para suplir la falta de corriente — la idea les vino a ambos al mismo tiempo.

—¿No será esto lo mismo de lo que habla usted en su informe? —inquirió ella.

—No lo creo —repuso el joven—. Es imposible que una ciudad como esta pierda su electricidad como nos está ocurriendo a nosotros. Quizá se trate de una avería sin importancia.

Margaret se había puesto súbitamente seria.

—Desde que tengo uso de razón —manifestó— no he conocido jamás un «apagón» en New York. Nuestras fábricas de transformación de la energía atómica en electricidad no pueden fallar en absoluto.

Bruce guardó silencio mientras echaba una rápida ojeada a su cronógrafo. Hacía más de tres cuartos de hora que el local estaba sufriendo de aquella inesperada oscuridad. La conversación, iniciada por el ingeniero, les llevó por derroteros heroicos de los fallos de una civilización como la que vivían.

—Comprenderá usted ahora, miss Brand, cómo estamos ligados a la electricidad, de la misma forma que somos los esclavos del oxígeno que necesitamos para respirar. Si una de esas dos cosas viniera a faltarnos, la muerte de la Humanidad no tardaría en producirse —hizo una pausa—. ¡Es formidable cuando se piensa en que la electricidad nos es hoy tan necesaria, que toda nuestra existencia se basa en ello!

Ahora mismo —hizo un gesto con la mano señalando su alrededor— estamos aquí como perdidos, sin noticias del exterior, sin podernos mover porque todos los vehículos funcionan eléctricamente, o atómicamente, que viene a ser lo mismo, ya que toda explosión necesita una chispa eléctrica para producirse...

Como si aquellas últimas palabras hubieran conjurado el maleficio que la oscuridad había traído, volvieron a encender las luces y una exclamación de sincero gozo se escapó de la garganta de los presentes.

—¡Es mucho mejor así! —exclamó Margaret jovialmente—. No puede usted imaginarse lo que odio la oscuridad. Algunas veces, cuando he volado de noche, corría las cortinillas de mi compartimento en el avión para no ver la espantosa negrura del espacio que, sinceramente, me produce escalofríos.

La mano de Bruce se posó sobre la de su compañera como si desease evitar con su calor los estremecimientos que ella tenía. Seguidamente, cuando se decidía a atacar de una manera terminante, la pantalla televisora del salón se encendió como solía ocurrir en el caso de existir alguna comunicación de importancia la hacía obligatoria.

La imagen del conocido «Speaker» Tony Lapson apareció en la pantalla.

—«Ante todo, transmito el sentimiento de la dirección de la “Electric Control Center” por haberse visto obligado de privar de energía eléctrica a la ciudad de New York. No obstante, aseguramos que se trata de una avería sin importancia y volvemos a pedir excusas por...»

Ante los ojos asombrados de los espectadores se desarrolló una inverosímil escena en la pantalla completamente iluminada. Tony Lapson no estaba solo y un nuevo personaje, sumamente agitado, acababa de aparecer junto al «Speaker» con el que discutía acaloradamente. Los trozos de la conversación agitada llegaban a los espectadores como una grotesca escena de guiñol.

—¡Le digo que es imposible...!

—¡Tengo prioridad para...!

—¡Imposible!... ¡Imposible!

Era algo que empezaba a divertir a todo el mundo. Después de algunos minutos en que ambos hombres hicieron la delicia de los millones de espectadores de la Televisión, parecieron llegar a un acuerdo y Tony dejó su lugar al otro que, tras arrellanarse cómodamente en el sillón de su predecesor, empezó a hablar.

—«Aquí Humphrey Carter, del Servicio de Seguridad. Las autoridades me ordenan comunicar a todos los habitantes del Imperio, unas graves noticias que, no obstante, deben ser recibidas con la habitual serenidad de los miembros de los Estados del Imperio —hizo una pausa—. El fallo eléctrico que acaba de sufrir la Ciudad de New York, no ha sido limitado y ha alcanzado la extensión total del Imperio, a partir del paralelo 46 hacia el Sur. Esta falta de electricidad, por el momento no explicable, se ha manifestado en toda clase de maquinaria, provocando numerosos accidentes de aviación y de transportes de tierra cuyos desastrosos

resultados se están conociendo en estos momentos. La jefatura de la Sección de Seguridad del Departamento del Gobierno solicita de todos vosotros una disciplina absoluta, ya que no pasarán muchas horas sin conocer el motivo que ha provocado esta anomalía en el suministro eléctrico. Por el momento, se suprimen toda clase de viajes terrestres y aéreos que no sean de carácter urgente y oficial. Las estaciones de Televisión del imperio comunicarán, sin descanso, las noticias que se vayan conociendo. Buenas noches.»

CAPITULO SEGUNDO

Una potente escuadrilla de «Super-reactores» «XM-127» surcaba el cielo por encima del Golfo de Méjico.

Los mejores especialistas del Imperio, dotados de los aparatos detectores más modernos, iban en el interior de los aviones —un centenar en total— inclinados sobre los cuadrantes numerados donde las agujas indicadoras permanecían, hasta el momento, completamente inmóviles.

Bruce Milestone formaba parte de aquella expedición científica que intentaba esclarecer el misterio que envolvía las variaciones eléctricas y sus trágicas consecuencias. Desde la noche en que el joven ingeniero cenó con miss Brand, de ello hacia ya cerca de un mes, los fallos de la corriente eléctrica se habían sucedido cada vez con mayor intensidad.

A pesar de las drásticas medidas tomadas por las autoridades, las catástrofes aéreas y terrestres se habían sucedido sin interrupción, ya que era completamente imposible detener el movimiento de la gente que no sabía trasladarse de un sitio a otro sin utilizar cualquier clase de vehículo. Cuando la luz se apagaba —y era igual en las grandes centrales que en los depósitos y baterías de los vehículos—, los accidentes se producían en mil situaciones distintas y el número de víctimas habido hasta entonces, comenzaba a inquietar seriamente a la opinión pública.

Los aviones, detenidos en el espacio, caían al suelo, estrellándose sin remisión. Los trenes y los autos, que tenían la desdicha de encontrarse en alguna pendiente cuando la electricidad desaparecía, se precipitaban como locas bestias ciegas, sembrando el horror y la desolación a su paso.

Pero, además, la producción de las gigantescas fábricas del Imperio habían empezado a sufrir una notable disminución debido a las interrupciones de corriente, lo que mellaba profundamente la economía de los Estados.

Algo extraño estaba ocurriendo y de tal cosa ya no dudaba nadie. Todas las miradas, cargadas de angustia, se dirigían insistentemente hacia el gobierno en una muda exigencia para que se encontrase la solución del final a tales circunstancias que demostraban el fallo de algo tan importante como la electricidad.

Bruce, mientras se inclinaba como los otros para observar la marcha de los aparatos, meditaba sobre el enigma planteado al Imperio y que había sido él el primero en anunciar. Su informe había sido leído y releído por los más importantes sabios del país, pero desgraciadamente nada podía salir de aquel cúmulo de cifras, sino era lo que ya todos sabían.

La escuadrilla surcaba la negrura de la noche en aquella excepcional patrulla. Hacia ya cerca de una semana que, desde el anochecer, los «super-reactores» volaban por los cielos americanos en busca de la solución de aquel espantoso problema. Dotados de motores especiales, que funcionaban aislados de las turbinas, para poder proporcionarse su propia energía eléctrica, que servía a la alimentación de los

aparatos científicos, se les había proporcionado una independencia absoluta, acoplándoles además unos motores de reserva, con gas helio comprimido, para que pudieran defenderse contra todas las adversidades que pudieran presentarse.

Las instrucciones que habían recibido eran muy concretas. En caso de que la electricidad procurada por el motor desapareciese, debían planear cuidadosamente hasta que, por la fuerza, hubiera de estar obligados a encender el motor auxiliar de helio.

La noche parecía transcurrir como las anteriores, dentro de un tranquilo marco de monotonía. Separándose de los aparatos, Bruce se dirigió a la sala de fumadores y sentado en uno de los cómodos sillones contempló, a través de la gigantesca ventanilla, el lejano brillar de las estrellas. Dejando que su espíritu se alejase un tanto de las preocupaciones que se agolpaban en él, pensó en la lejana New York y en la maravillosa muchacha cuya amistad procuraría muy pronto convertir en algo más íntimo y que formase una parte indivisible de su vida. Pero, seguidamente, fue arrancado de sus ideas sentimentales por la brusca oscuridad que se hizo en el aparato.

¡EL MISTERIO VOLVÍA A MANIFESTARSE!

Pegando el rostro a la capa plástica que cubría el gigantesco ventanal de la sala de fumadores, Bruce observó atentamente el espacio. Las luces de los otros «Superreactores» habían desaparecido igualmente. Presa de una emoción creciente, el joven se dirigió, a tientas, a la cabina general en la que los sabios seguían observando los aparatos a la luz de unas linternas. Acercándose a uno de ellos y echando una ojeada al cuadrante del detector, por encima del hombro de aquel profesor, Bruce se percató de que la aguja estaba tan inmóvil como siempre.

Uno de los pilotos apareció entonces. La palidez que cubría su rostro era lo bastante inequívoca para expresar claramente los temores que le asediaban.

—¡Estamos planeando! —gritó—. ¿Cuándo demonios podemos utilizar el motor de helio?

—¡Ahora mismo! —exclamó Milestone.

Acto seguido, y con el piloto pegado a sus talones, el joven, que se había procurado una gigantesca linterna, avanzó hacia el lugar en que se encontraba el encendido del motor auxiliar. Con gestos precisos y que demostraban su habilidad en el manejo de aquel aparato, pulsó los mandos que descargarían la chispa para inflamar el gas noble que contenían los depósitos blindados.

¡NADA!

Las baterías del motor de helio estaban agotadas. La aguja del voltímetro permanecía tan quieta como al principio. Con la cabeza llena de ideas absurdas, Bruce intentaba aclarar aquel horrible misterio que les rodeaba y que ponía sus vidas en un constante peligro.

Entonces, mientras todos permanecían callados, contemplando las inútiles

maniobras del joven ingeniero, que seguía haciendo lo imposible por poner en marcha el motor de helio, las linternas se apagaron como por un golpe de magia.

Milestone alargó el brazo apoderándose del piloto.

—¡Corra! —gritó—. ¡Vuelva a la cabina e intente seguir planeando hasta que todo esto pase o que podamos aterrizar en cualquier parte...

—¡Va a ser muy difícil, señor! —repuso el aviador con voz que el temor hacia temblona—. La oscuridad en el exterior es completa y lo más probable es que nos lancemos contra cualquier obstáculo estrellándonos contra él. Ningún aparato de control funciona. El «hiper-radar» no nos proporciona señal alguna; la «sonda-magnética» tampoco. Volamos completamente a ciegas. A CIEGAS en el sentido más fuerte que se pueda dar a esas palabras...

Una rabia sorda agitaba a Milestone.

—¡Ya lo sé! —Dijo con un tono colérico en la voz—. Todas las explicaciones que usted me ha dado son completamente obvias. Pero no podemos dejarnos arrastrar por el fatalismo y esperar la muerte tranquilamente. ¡Hay que seguir planeando!... Si nuestro destino quiere que nos estrellemos, al menos habremos intentado lo posible para evitarlo. ¡Vaya a la cabina y ayude a su compañero!

Oyó perfectamente cómo el piloto se alejaba, tropezando y excusándose con los hombres con los que se encontraba en su camino. El murmullo de la conversación que mantenían los sabios entre sí, llegó a los oídos del joven.

—¡Siéntense de una vez! —gritó fuera de sí—. Ocupen cada uno su sillón y afiáncense con los cinturones de seguridad. Así podrán dejar el pasillo libre para que nos movamos con mayor velocidad.

Comprendía perfectamente el miedo que sentían aquellos hombres, porque él también tenía los intestinos atenazados por el pavor. Pero consideraba inútil dejarse llevar por aquella sensación humana, esperando el fatal final que no dejaría de presentarse.

Con los brazos extendidos para orientarse, pasó nuevamente al salón de fumadores. Seguidamente, sacó su pitillera disponiéndose a aislarse de la general angustia que reinaba en el aparato. Después de todo, si el momento de la muerte había llegado, todo el miedo del mundo no podría detener la afilada guadaña.

Un mecanismo interno de su propio cerebro se despertó llevando a su conciencia un cúmulo de recuerdos en los que la memoria empezó a ahondar en las turbias e imprecisas imágenes de la infancia. Tal conciencia, siendo profundamente observador, aun consigo mismo, le produjo una desazón extraordinaria. Sabía que cuando los recuerdos infantiles se precipitan en la conciencia y que la vida entera pasa ante el sujeto como una cinta cinematográfica, es que se tiene la rara e imprecisa idea de la muerte.

—«¡Soy un estúpido!» —pensó.

Encendiendo el cigarrillo, se percató en seguida de que hasta el tabaco tenía un gusto especial y ciertamente desagradable. Con un gesto de mal contenida cólera,

aplastó la colilla bajo la goma de sus botas aislantes.

—¡Debo dominar todos estos desagradables temores histéricos! —se dijo en voz alta.

Dejándose caer en un sillón, miró hacia el Universo que brillaba, en miles de lejanas estrellas, en la profunda extensión del espacio...

¡Y FUE ENTONCES CUANDO LOS VIO!

De momento, cerró los ojos creyendo que se trataba de un simple fotoma [2]. Luego, cuando los tornó a abrir, se demostró a sí mismo que se trataba de una realidad palpable, por muy absurdo que pareciese a su sentido común.

BRILLABAN INTÉNSAMENTE JUNTO AL APARATO, AL CUAL ESTABAN FIJADOS POR UNA ESPECIE DE VENTOSA QUE PROLONGABA SU HORRIBLE ROSTRO. UNAS CORTAS ALAS, CASI TRANSPARENTES Y QUE BROTABAN DE SUS LARGOS FLANCOS, SE MOVÍAN LENTAMENTE. SUS OJOS, UNA ESPECIE DE CÍRCULOS LUMINOSOS, CUYAS PUPILAS PARECÍAN LA CLARA IMAGEN DE UN ARCO VOLTAICO, LE MIRABAN FIJAMENTE...

Durante unos instantes, Bruce permaneció como atado sólidamente a su sillón. Una rara sensación de impotencia muscular le tenía preso en una inmovilidad casi absoluta. Tan sólo los latidos de su corazón, que sonaban al unísono en el tórax y en las sienes, le daban una muestra de que seguía viviendo.

Tardó bastante en reaccionar. Luego, cuando pudo dominar el asombro, la extrañeza y hasta el terror que le había convertido el cuerpo en pesado plomo, se empezó a mover, lo más cuidadosamente posible, yéndose, muy despacio, hacia la puerta que comunicaba el salón con la cabina general.

AQUELLOS OJOS NO PARECÍAN PRESTAR MUCHA ATENCIÓN EN ÉL Y SUS MOVIMIENTOS PARECIERON PASAR DESAPERCIBIDOS POR AQUELLOS EXTRAÑOS SERES DE PESADILLA...

Una vez fuera del salón, Milestone sintió que sus piernas volvían a pertenecerle por completo. Precipitándose hacia adelante, empezó a gritar como si acabase de perder la razón.

—¡Están pegados al avión!... ¡Son unos monstruos extraños!... ¡Deben estar cargados de electricidad!...

Los técnicos y sabios se deshicieron rápidamente de sus cinturones de seguridad, rodeando a aquel energúmeno que no dejaba de lanzar gritos repletos de incoherencias. Finalmente, cuando, le hicieron tranquilizarse, sujetándole entre todos y hasta en presencia del piloto que había salido de su cabina, atraído por aquel fenomenal escándalo, Bruce se serenó y después de emitir unos sonoros suspiros.

—Perdonen —musitó en voz baja—. He debido sufrir un ataque de nervios — señaló hacia el salón de fumadores—. Estaba ahí al lado, fumando tranquilamente,

cuando los vi...

—Pero —intervino uno de los profesores— desearíamos saber exactamente lo que ha visto.

Completamente recuperado, Bruce dejó escapar una breve risita.

—No sabría explicarlo, profesor —repuso—. Lo mejor es que vengan ustedes a verlo.

Abrió la marcha, no sin advertirles que debían hacer el menor ruido posible y mantenerse en la zona más oscura del salón, de modo a evitar que aquellos extraños seres huyesen. En realidad, sabía menos que nadie de cómo iban a reaccionar.

La entrada en el salón, si hubiese sido observada por un espectador imparcial y que desconociese lo que pasaba, hubiera desencadenado una hilaridad irreprimible. Todos iban andando en puntilla, encogidos y en un silencio sepulcral.

ALLÍ ESTABAN, PEGADOS AL AVIÓN CON SUS CORTAS TROMPAS, EMITIENDO AQUELLA EXTRAÑA FOSFORESCENCIA Y CON SUS ENORMES Y BRILLANTES OJOS ABIERTOS DESMESURRADAMENTE.

Un escalofrío de horror recorrió la espalda de los presentes. Luego, tan lentamente como habían llegado allí, tornaron a salir en el mayor silencio. Una vez en la cabina general, los comentarios surgieron en tromba y la baraúnda se hizo insostenible. Bruce, a grandes gritos, intentó conseguir un silencio que le costó bastante.

—¡Esta bien, señores! —tronó con su poderosa voz—. ¡Así es imposible entenderse! Creo —añadió una vez que el orden acústico se recobró— que debemos discutir este asunto con más calma. Aunque, primero, hemos de preocuparnos por la marcha del avión —volvió al piloto—. ¿Hay esperanzas de que salgamos con vida?

El aviador tardó algún tiempo en contestar.

—Según los cálculos que el copiloto y yo hemos logrado hacer, cálculos naturalmente mentales, debemos estar volando sobre las selvas brasileñas. Es muy probable que con un poco de suerte logremos aterrizar en una de las zonas recientemente allanadas en las que la tierra removida serviría de freno al impulso del aparato. Debido a ello, estamos logrando un planeo amplio para incidir con el suelo con el menor ángulo de aterrizaje posible.

—¡Excelente! —exclamó el joven—. Las palabras de nuestro piloto nos permiten pasar a discutir lo que debemos hacer respecto a nuestros ilustres y desconocidos «huéspedes» —se volvió de espaldas intentando orientarse en la oscuridad—. Vamos a ver, profesor Georges, nos interesa muchísimo su opinión que, sin deseo de ofender a nadie, es, para mí, la más autorizada.

Siguió un corto silencio antes de que se oyese la voz firme del profesor Georges.

—Muy poco puedo decir de esos seres a los que no he podido contemplar más que unos breves instantes. Tan sólo hay una cosa en la que mis colegas estarán de completo acuerdo conmigo. Esas criaturas parece ser que se alimentan de electricidad; sus trompas que tenían adheridas a la superficie externa de nuestro

aparato, la luminosidad que emanaba de sus cuerpos y, sobre todo, el fondo de sus grandes ojos demuestra suficientemente que se trata de seres «electrófagos». Muchos problemas nos plantea esa nueva forma de existencia en la que jamás habíamos pensado. ¡Es realmente increíble! Yo, por mi parte...

—¡Preparados!... ¡Vamos a aterrizar!...

La enérgica voz del piloto había interrumpido al profesor. Bruce se percató que el gran momento había llegado y que, por el instante, la teoría científica de Georges debía dejar su sitio a la práctica de aquel aterrizaje forzoso.

—¡Siéntense y afiancen sus cinturones! ¡Quiera Dios que tengamos un poco de suerte!

El mismo ocupó rápidamente su sillón, cerrando sólidamente las hebillas de su cinturón. A pesar de el aislamiento de la cabina, se oía perfectamente el silbar del aire al rozar los planos del «Super-reactor».

Los momentos que siguieron pasaron en un silencio sepulcral. Se oía solamente la respiración agitada de alguno de los profesores que, con toda seguridad, sentía la emoción con más intensidad que el resto de los pasajeros.

El choque no dejó de tener una cierta violencia que proyectó a los cuerpos aplastándolos contra los mullidos asientos. Desde hacia muchos años, la disposición de los sillones de todos los aviones se había invertido para hacer posible las aceleraciones de las vertiginosas velocidades logradas. De esta forma, los pasajeros miraban hacia la popa y así el choque no los lanzó peligrosamente hacia adelante, provocando, ciertamente, la rotura de los cinturones y... la muerte.

Dando tumbos, el «Super-reactor» se fue deslizándose, tan mal como bien, por la superficie rugosa en que se había posado. Después de sacudirse fuertemente, la velocidad disminuyó, paulatinamente, hasta que, finalmente, el gigantesco aparato se detuvo.

Pasaron algunos minutos antes de que la tripulación tomase contacto con la realidad. Bruce, por su parte, abrió los ojos e inmediatamente deshizo el cinturón, poniéndose en pie y dando algunos pasos vacilantes antes de recuperarse totalmente. Después, alzando la voz.

—¡Hemos llegado, señores! —gritó—. ¡Gracias a la Providencia hemos salido triunfantes!

Los profesores se fueron manifestando. Una alegría general les dominó en los primeros momentos. Después, como movidos por una idea común, se dirigieron velozmente hacia el salón de fumadores para volver a contemplar, ahora con más tranquilidad y sin temor alguno, las extraordinarias criaturas que eran los culpables de aquella terrible aventura.

¡PERO LOS «ELETRÓFAGOS» HABÍAN DESAPARECIDO!

—¡Han debido tener miedo del aterrizaje! —exclamó Milestone con una divertida sonrisa en los labios—. Estoy seguro que nos han tomado por locos al intentarlo.

El profesor Georges, que estaba al lado del joven ingeniero, participó de una

opinión muy distinta.

—En realidad —dijo con su tranquila voz—, lo que ha debido de ocurrir es que los «Electrófagos» han abandonado nuestro avión cuando han comprobado que no nos quedaba ni un ápice de electricidad. Su presa, al convertirse en una cosa no «comestible», no tenía ya importancia alguna para ellos.

—¿Los cree usted tan inteligentes? —inquirió Bruce.

Georges tardó un poco en contestar.

—No lo sé —rurmuró al fin con un tono de emoción en la voz—. Pero, si algún día tenemos la fortuna de capturar a uno de ellos... vivo, estoy seguro de que aprenderemos muchas cosas interesantes.

Milestone, muy a pesar suyo, se sintió irritado por las palabras del sabio. Sin poderse contener.

—¡Lo que debemos encontrar es la fórmula para destruir a esos asquerosos seres! —exclamó convencido—. ¿Se imagina usted, profesor, el horrible daño que pueden llegar a procurar a la Humanidad? ¿Qué será de la sociedad actual si la electricidad desaparece de la superficie de la tierra? Toda nuestra existencia se reposa actualmente en la energía eléctrica que nos sirve un poco para todo. Provenga esta de las fuentes antiguas o de las fabricas atómicas... es electricidad al fin.

—Perdone usted, señor Bruce —se excusó el profesor—, de que me haya dejado arrastrar por mi curiosidad científica. Comprenderá usted que para muchos de nosotros, la aparición de los «Electrófagos» plantea una serie de problemas del más extraordinario interés —hizo una pausa—. Estoy de acuerdo con usted en que existe una perentoria necesidad de encontrar el medio de destruirles.

Bruce se dio perfecta cuenta de que las palabras del profesor Georges encerraban una sinceridad... a medias.

La luz del amanecer, que se filtró inopinadamente por el gran ventanal del salón de fumadores, les sorprendió agradablemente a todos. Después de aquella alucinante noche, que parecía iba a ser interminable, la venida de un nuevo día amplió su confianza en ellos mismos.

—¡Vamos a salir fuera! —indicó Bruce—. Así podremos darnos cuenta del lugar en que hemos aterrizado. No podemos permanecer aquí mucho tiempo, ya que tenemos que hacer un buen «montón» de cosas.

Su proposición fue aceptada por unanimidad. Hasta los pilotos deseaban descender del avión, cuanto antes, para poder verificar el estado del aparato y los posibles destrozos que el aterrizaje forzoso hubiese producido.

Después de tender la escala auxiliar, pusieron pie a tierra, siendo la seguridad que aquel sencillo gesto les daba. Eufóricamente, empezaron a respirar a todo pulmón el aire puro de la mañana.

Tal y como había prevenido el piloto, el «Super-reactor» había aterrizado en una de las extensas llanuras en que se habían convertido las antiguas selvas vírgenes brasileñas. Las máquinas potentes que el hombre había llevado allí, transformaron

completamente el salvaje aspecto de aquellas regiones que el ingenio humano estaba en marcha para convertirlas en una inmensa huerta que producía enormes riquezas.

Fue el piloto, al girar con su compañero una detallada visita a su aparato, que al pasar al lado opuesto al de la puerta de salida...

¡VOLVIÓ A VERLOS!

—¡Pronto! —gritó corriendo desesperadamente hacia los otros—. ¡Están ahí, junto a los postes telegráficos!...

Le miraron con extrañeza. En realidad, nadie le comprendía exactamente.

—¿Qué le pasa? —inquirió Bruce.

—¡Los Elect...», ¡como ustedes les llaman! Esos raros bichos están ahí detrás, al otro lado del avión!...

Corrieron velozmente en su pos. El piloto, al llegar al lado opuesto del que se encontraban, señaló, con una mano temblorosa...

¡ALLÍ ESTABAN!... ERAN CINCO EN TOTAL Y REVOLOTEABAN LENTAMENTE POR ENCIMA DE LOS CABLES, EN LOS QUE SE POSABAN APLICANDO SU CORTA TROMPA SOBRE LOS METÁLICOS HILOS, AL TIEMPO QUE SUS CUERPOS EMITÍAN UNA FUERTE LUMINOSIDAD.

El profesor Georges, como todos los demás sabios, los contemplaban con un raro éxtasis. Los ojos de aquellos hombres de ciencia brillaban intensamente al tiempo que sus potentes cerebros intentaban dilucidar el misterio de las extraordinarias criaturas que tenían enfrente.

Georges, sobre todo, no separaba su mirada de los redondos ojos de los «Electrófagos» con el ansia íntima de descubrir en aquellas radiantes pupilas la llama oculta de una inteligencia. ¡Cuanto le hubiese satisfecho el haber podido comunicarse con ellos, preguntarles de dónde venían, quiénes eran y por que habían llegado hasta la Tierra y por qué motivo estaban allí, como raros pájaros diformes...!

—Sin darse cuenta de lo que había, impelido por su terrible curiosidad, el profesor Georges empezó a adelantarse hacia ellos. Su avance fue cortado por la mano fuerte de Bruce que le agarró violentamente del brazo deteniendo su marcha.

—¿Adónde va usted, profesor? ¿Es que ha perdido la razón?

El sabio se volvió hacia el joven. En sus ojos brillaba un latente odio mal contenido.

—¡Déjeme, estúpido! —Su voz era colérica y no admitía réplica alguna.

—¡Ya estoy harto de sus inconveniencias!... ¡Quiero verles de cerca!... ¿Comprende? Quiero aproximarme a esas maravillosas criaturas y hablarles. Es muy posible que puedan entenderme por señas y entonces habré logrado la cosa más estupenda de mi vida.

Había un raro brillo en las pupilas del profesor que hizo estremecer al ingeniero. Por ello, con un temor lógico, intentó disuadir al sabio de su loca empresa.

—¡Escuche, profesor Georges! —exclamó con acento suplicante—. Es mejor que no se acerque a esos monstruos. Todavía desconocemos su poder y, lo que es más importante, sus intenciones. ¡Es una verdadera insensatez intentar hablarles. Posiblemente se lanzarán contra usted y pueden causarle graves perjuicios. ¡Tiempo tendremos de apoderarnos de alguno de ellos y entonces, en su laboratorio de New York, podrá estudiarlo a su antojo!

Georges miró con desprecio a su interlocutor.

—¡Le ruego que no se mezcle en cosas que no comprende en absoluto! Soy dueño de mis actos y creo que no habrá olvidado que estamos en un país libre. ¡Suélteme!

Acompañó sus últimas palabras con un brusco gesto con el que logró zafarse de la presión que la mano de Bruce ejercía en su brazo. Una vez libre, volvió la espalda al joven siguiendo su avance hacia el lugar en el que se encontraban los «Electrófagos».

Milestone miró, con temor, la delgada imagen del profesor que se alejaba hacia lo que el ingeniero consideraba con un positivo peligro. Pensando en todo, volvióse rápidamente hacia el piloto que había permanecido a su lado.

—¡Traiga las armas! ¡En seguida! —ordenó.

El otro asintió con la cabeza.

—¡Voy por ellas, señor Bruce! —Luego, señalando la figura del viejo sabio—. ¡Ese pobre hombre está loco de atar! —añadió corriendo hacia el otro lado del avión.

ENTRETANTO, UNO DE LOS «ELECTRÓFAGOS» DEBÍA HABERSE PERCATADO DE LA PRESENCIA DEL PROFESOR. INMEDIATAMENTE, DEJÓ DE APLICAR SU PEQUEÑA TROMPA A LOS CABLES Y DEJÁNDOSE CAER AL SUELO, EN UN DESCENSO SUAVE, SE QUEDÓ EN PIE, APOYÁNDOSE EN LA COLA EN QUE ACABABA SU CUERPO.

Bruce estaba intranquilo, al mismo tiempo que una emoción creciente se apoderaba de todo su ser. Todo lo que iba a ocurrir era tan impreciso y tan imprevisible que era difícil tomar cualquier determinación que fuese.

El testarudo profesor seguía avanzando como si se tratase de la cosa más normal y fuese solamente al encuentro de gentes conocidas. Sus pasos comedidos, pero firmes, no tenían nada de impreciso y no mostraban vacilación alguna. Para él, lo más importante en aquellos instantes, era intentar resolver la enorme cantidad de incógnitas que la presencia de los «Electrófagos» había planteado a su sabia mente.

El piloto llegó junto a Bruce. Éste, con movimientos automáticos, se apoderó del «rifle-ametrallador» que le tendía el otro. Al mismo tiempo, el copiloto se hacía cargo de otra de las armas, colocándose junto al joven.

—¿Cuándo debemos empezar el «jaleo»? —inquirió con una jovial sonrisa en los labios que era una manera de dominar su propia preocupación.

—No disparen hasta que yo lo haga —repuso Bruce—. Todavía no sabemos lo que va a ocurrir.

La escena estaba alcanzando una carga emocional indescriptible. El profesor, que se había detenido, estaba solo a unos pasos del primer «Electrófago». Los otros cuatro extraños seres se habían dejado caer también desde los cables y permanecían a unos metros detrás del que, indudablemente, miraba al humano con curiosidad.

La tensión del resto de los humanos que contemplaba la emocionante escena había alcanzado los límites de la resistencia. Bruce no se extrañó, en absoluto, de que el arma temblase entre sus manos.

—Esto me huele terriblemente mal —dijo el piloto a su lado. Milestone no contestó. La voz sonora del profesor Georges había roto el silencio— de aquella mañana.

—Soy Henri Georges —gritaba el sabio dándose con la mano derecha en el pecho para aumentar el grafismo de sus palabras—. Henri Georges, un profesor americano que no os quiere mal alguno, seáis quien seáis. En nombre de los hombres de ciencia del mundo entero, os ruego que, si comprendéis mis palabras o el sentido de ellas, os acerquéis en paz a mí...

EL «ELECTRÓFAGO» PARECÍA ESCUCHAR ATENTAMENTE LAS PALABRAS DEL PROFESOR. SU INMOVILIDAD ERA ABSOLUTA; TAN SÓLO SUS GRANDES Y REDONDOS OJOS BRILLABAN CON UNA INTENSIDAD CRECIENTE. LUEGO, DE REPENTE, SU CORTA TROMPA SE EMPEZÓ A MOVER SENSIBLEMENTE.

—¡Ese «bicharraco» es capaz de ponerse a hablar inglés! —Exclamó el piloto al oído del ingeniero.

—¡Preste atención y tenga su arma preparada! —ordenó Bruce.

EL «ELECTRÓFAGO» AVANZÓ UNOS PASOS. LO HACÍA COMO SI FLOTASE, TOCANDO APENAS EL SUELO CON SU CORTA COLA. ASÍ LLEGÓ A LA ALTURA DE GEORGES.

¡Y ENTONCES, LA TRAGEDIA SE PRECIPITÓ VERTIGINOSAMENTE!

CAPITULO TERCERO

La mano derecha de Huntley Rank-Lattimer tamborileaba sin descanso sobre la pulida superficie del polietileno de su despacho. Su imagen se reflejaba, invertida, sobre la mesa y parecía como si el propio director hablase ante un espejo.

Miss Brand, sentada en una mesita accesoria, consultaba las notas que su jefe le iba pidiendo, cuando no permanecía en silencio y como ensimismado.

—Léame el resumen de nuevo, por favor —dijo él.

La joven, tosiendo para aclararse la voz y con un gesto de sincero fastidio, inició por cuarta vez la lectura del célebre «fono-grama» que se había recibido muy de mañana.

—«La totalidad de los aparatos que formaban la escuadrilla, cuya denominación en clave era “MST-56”, ha sido encontrada en diferentes puntos del Imperio. Todos los aparatos recogidos hasta ahora estaban completamente destrozados y no encerraban más que los restos de sus respectivas tripulaciones. En ningún caso, se encontró una sola persona con vida. Los aviones, por orden de numeración, han sido recogidos en: El “34-tr”, en Alabama; el «85-dl», en el Estado de Caracas; el...

—¡Basta! —gritó Huntley—. Los detalles sobran —y después de una breve pausa—. ¡Es increíble! Una potencia como la nuestra y estamos haciendo el ridículo en el mundo entero —encendió nerviosamente un cigarrillo—. ¿Han montado el grupo en el sótano?

—Sí, señor.

—Al menos podremos trabajar con electricidad propia. No puedo explicarme exactamente lo que ésta ocurriendo —fumó ávidamente durante unos segundos—. ¡Yo que pensaba echar a patadas a aquel muchacho que vino a prevenirme!... No recuerdo cómo se llamaba...

—Míster Bruce Milestone —apuntó rápidamente la secretaria.

—¡Ah, sí!, ahora recuerdo. Bruce Milestone. ¿No salió en uno de los aviones de la patrulla?

—Efectivamente, míster Rank, salió en el «77-og» en compañía de la comisión de profesores.

—¡Si les ha ocurrido algo va a ser un escándalo espantoso! ¡Imagínese, todo el plantel de inteligencias del Imperio desaparecido en una absurda operación de investigación!

Ella, después de sopesar las posibilidades de hablar sin aumentar la cólera del director, se lanzó valientemente.

—¿Tiene usted alguna opinión sobre el asunto?

—¡Claro que sí! Todo lo que ocurre es producto de algún arma nueva de los Estados Unidos de Europa. Hace mucho tiempo que desean la hegemonía del Mundo, desde que vencimos juntos al Imperio Asiático. Ahora poseen un arma con la que pueden detener nuestra industria y hasta nuestro más pequeño movimiento. ¿Ha oído

usted alguna referente a este asunto relacionada con Europa? Si se tratase de un fenómeno general, ellos lo padecerían de la misma manera que nosotros.

Margaret asintió con la cabeza mientras un escalofrío le recorría la espalda ante la idea de una nueva guerra. No obstante, halló consuelo al pensar que nada se había dicho aun sobre la pérdida del avión en que viajaba Bruce.

¡Era un muchacho ciertamente simpático! Para ella, aquella manera lisa y franca de expresarse, con una sinceridad un tanto pueblerina, pero que tenía un cierto encanto que nada podía empañar, constituía el mayor atractivo del joven ingeniero. No es que aun Margaret pudiese confesarse una afinidad sentimental con él, pero, de todas maneras, algo empezaba a despertarse en su corazón cada vez que pensaba en Bruce...

Su ensimismamiento fue cortado por la aguda voz de Huntley.

—Pídame una audiencia urgente con el ministro de la Guerra, miss Brand. Necesito hablar cuanto antes con él. Cada vez que pienso en la posibilidad de mi hipótesis, estoy más firmemente convencido de que se trata de un estado de guerra con Europa.

La joven obedeció y momentos más tarde la audiencia estaba lograda para de inmediato. Mister Huntley Rank-Lattimer se preparó rápidamente para asistir a tan importante reunión.

—Tiene usted libre toda la tarde, señorita.

Ella le sonrió agradecida.

Cuando se hubo marchado, Margaret quedóse unos instantes contemplando un invisible punto en el espacio. Un caos de ideas contradictorias se agolpaban en su mente. Por una parte, el terrible miedo a una guerra la tenía suspensa. Recordaba, por las películas retrospectivas que había visto, lo horrible que fue el último conflicto y sus espantosas consecuencias para la Humanidad entera. Por otra parte, su imaginación se complacía en ver regresar a Bruce, vencedor del nuevo peligro que parecía amenazar a la Tierra.

Perezosamente se levantó de su asiento y tras echar una ojeada al exterior por el gigantesco ventanal que ornaba más de las tres cuartas partes del despacho de Huntley, comprobó que, aunque gris y tristón, el día se prestaba a un paseo en coche.

La idea de alejarse de la ciudad, de perder, por un cierto número de horas, el contacto con el bullicio enloquecedor de las calles; con el ruido de los vehículos y con la tensión nerviosa que parecía emanar de los gigantescos edificios, le hizo respirar con una anticipada fruición el aroma maravilloso de los bosques que encontraría al otro lado del Hudson.

Minutos más tarde, ya arreglada tras haber ido a su hotel, la muchacha se dirigió hacia el garaje, en el que se encontraba su formidable «Meteor» último modelo y de un límpido color blanco.

Atravesó lo más rápidamente posible el centro de la urbe, marchando hacia uno de los puentes, que atravesó a la máxima velocidad permitida. Casi inmediatamente,

al cabo de pocos minutos de marcha, la terrible mancha de la ciudad de New York desapareció totalmente tras un altozano.

La enorme autopista se ofrecía a la velocidad y Margaret gozó en conseguir una cifra de kilómetros por hora bastante alta. Había bajado el cristal de la ventanilla y la brisa del atardecer hacía que sus cabellos revoloteasen inquietos bajo el diminuto y elegante sombrero que llevaba.

Continuó su marcha hacia el Este, después de contornear una gran ciudad que encontró en el camino, con la esperanza de poder llegar a una célebre playa en cuyo más importante «drugstore» podía pasar parte de la noche a orillas del mar y saboreando una deliciosa música.

La noche se echó rápidamente encima y los potentes focos fluorescentes iluminaron ampliamente el camino. Con un gesto maquinal, la joven encendió su aparato de radio.

La voz de un locutor llegó rápidamente hasta ella.

—«El Ministro de la Guerra ha recibido, en audiencia extraordinaria, al director general de la “Electric Control Center”. Desde hace ya algunas horas, las dos personalidades están celebrando importantes conversaciones en el “War Center” de New York. Una pléyade de periodistas y de enviados de todas las estaciones de Televisión esperan las manifestaciones que harán al acabar la conferencia que, dado su carácter secreto, se está celebrando a puerta cerrada. La expectación es extraordinaria y en todos los medios públicos y privados se espera ansiosamente el resultado de las conversaciones en curso...»

Se oyó un clásico golpe de «gong».

—«Las últimas noticias —prosiguió el “speaker”— de la desaparecida escuadrilla enviada para la investigación de las anomalías eléctricas sufridas en estos tiempos, no nos permiten asegurar nada respecto al último avión cuyo paradero se desconoce. Recordamos a nuestros oyentes que en dicho aparato viajaba una importante comisión de sabios, a cuya cabeza iba el profesor Georges, una de las más altas autoridades en cuestiones de Electromagnética. También recordamos que en el “Super-reactor” desaparecido volaba míster Bruce Milestone, el joven ingeniero que fue la primera persona que descubrió el problema que nos ocupa...»

Otro golpe de «gong».

—«Llegan informes contradictorios respecto al estado de la Banca y la Bolsa de New York, que reflejan la incertidumbre de los valores en todos los centros bursátiles del Imperio. Se observa, según nos comunican nuestros enviados especiales, por teletipo, un descenso general de las acciones y una desgana marcada en la compra. Principalmente, los valores de la «Electric Control Center han descendido, en el día de hoy, nueve enteros más; descenso que los sitúa en 235 dólares —a menos 500—, ya que el valor de estos papeles, hace escasamente un mes, era, según recordarán nuestros oyentes, de 735 dólares por acción. No obstante, sería demasiado prematuro utilizar el término de “crisis”; las medidas que resultarán de la reunión en curso en el

“War Center”, pueden aportar elementos positivos que, sin duda alguna, normalizarán este estado de cosas. Nosotros, por nuestra parte...»

Las potentes luces que iluminaban la autopista se apagaron súbitamente. Al mismo tiempo, la voz del «speaker» desapareció como por encanto y el aparato de radio de a bordo, aun quedando iluminado, no emitió el menor sonido.

Obedeciendo a un reflejo inconsciente, Margaret detuvo su potente «Meteor» de un rápido frenazo. Sólo entonces, se percató de que todos los vehículos que corrían por la autopista habían realizado la misma maniobra que ella.

Era terriblemente impresionante aquella oscuridad que, repentinamente, sucedió a la luminosidad fantástica a la autopista. Parecía, para gentes acostumbradas a no conocer el día más que por un cambio de luz, que algo muy importante de su civilización acababa de terminarse. Además, desde la iniciación de los extraños fenómenos que tenían en vilo a todos los habitantes del Imperio Tras-Atlántico, las autoridades habían ordenado que, en caso de repetición de aquellos fantásticos «apagones», las gentes que circularan, en cualquier clase de vehículos terrestres, se detuviesen y apagasen todas sus luces.

Margaret hizo lo propio y sin abandonar su asiento encendió un cigarrillo. La sensación que la dominaba, aun no siendo expresión de un temor concreto, tenía mucho de angustia y su nerviosidad fue creciendo por momentos.

El tiempo empezó a transcurrir lentamente, demasiado despacio para los que estaban esperando. La joven, que no había probado bocado desde su salida de la ciudad, sentía los agujones del hambre que empezaban a torturarla el estómago. Finalmente, ganada por la fatiga y con los nervios deshechos, apoyó la cabeza en el cómodo respaldo de su asiento, quedándose profundamente dormida.

Casi en seguida, la imagen de su jefe se le apareció entre sueños. Míster Rank-Lattimer gritaba como un energúmeno hacia un lugar que estaba fuera del campo de visión de la joven. Ésta no comprendía bien las palabras que pronunciaba Huntley y su único deseo era el de acercarse al ventanal para ver a qué clase de gente gritaba el director.

El miedo que sentía de que Huntley descubriese su maniobra, rayaba con un espanto que ella podía difícilmente comprender. ¿Por que temía tanto a su jefe?

Mientras avanzaba, apoyada en la pared del despacho, hacia el ventanal con los ojos bajos y temiendo de un momento a otro a que Rank la interpelase duramente, la joven sentía una indecible angustia que aceleraba los latidos de su corazón.

Por fin, consiguió asomarse al ventanal y un grito de horror se escapó de su garganta. Allá abajo, a muchos metros de distancia, las estrechas columnas de soldados marchaban al compás de las músicas militares que lanzaban los enormes megáfonos instalados en los muros de las casas. Las tropas ocupaban la totalidad de las anchas avenidas y su masa acerada, por el brillo de sus cascos, estaba solamente cortada, de vez en cuando, por el paso de los terribles cañones atómicos que parecían, desde el ventanal, como colosales diplodocus antidiluvianos; monstruos de largo

cuello y de cabeza apenas aparente.

«¿Qué hace usted ahí?»

La terrible y fuerte voz había sonado a su espalda y Margaret, temblando de pavor, se volvió sin atreverse a mirar a la cara de su director. Lo primero que vio fue un par de zapatos que conocía por haberlos visto en muchas ocasiones. Aquel color azulado de piel era el preferido del elegante mister Rank-Lattimer. Ella seguía angustiada, pero, poco a poco, fue teniendo la presencia de ánimo suficiente para levantar los ojos y mirar a Huntley.

¡Un nuevo grito de horror se escapó de su garganta!

Completamente azorada y sin dar crédito a sus ojos, la joven volvió a recorrer rápidamente la totalidad del personaje que tenía enfrente, desde los azulados zapatos hasta su corbata bicolor, que era la única combinación cromática que complacía a Huntley. Luego, volvió a mirar el rostro que, ahora estaba convencida, no pertenecía a su jefe.

¡Aquella cara era la del Ministro de Guerra!

—Le he preguntado lo que hace usted aquí, miss Brand! —repitió el otro—. ¿Es usted un espía como su novio?

—¿Mi novio? —inquirió ella con extrañeza—. ¡Yo no tengo novio!

El terrible personaje que tenía enfrente lanzó una carcajada siniestra que heló la sangre en las venas de la muchacha.

—¡No tiene novio! —hablaba entrecortadamente entre la risa que no podía dominar—. Entonces... ¿quién es Bruce para usted? ¿Quién es ese asqueroso espía?

-¡Bruce no es ningún espía! —protestó ella—. ¡Bruce fue el primer hombre que previno del peligro que corríamos!

El otro se acercó furiosamente hacia ella. Fue entonces cuando la muchacha se percibió que el hombre llevaba una especie de corta porra en la mano derecha.

-¡Es un espía!... ¡Es un espía!... ¡Tú también eres una espía!... ¡Ahora verás!

Margaret intentó evitar el golpe que le iba dirigido. Pero, a pesar de todos sus esfuerzos y de colocar los brazos extendidos hacia adelante para parar la agresión, LA MANO DE AQUEL HOMBRE ATRAVESÓ SU BRAZO Y CON LA PORRA LLEGÓ HASTA LA CABEZA DE LA JOVEN...

Al abrir los ojos, Margaret se llevó la mano a la cabeza. El dolor, aun no siendo muy intenso, se sentía desagradablemente. Extrañada, miró a su alrededor, comprobando que se encontraba en el coche y que, seguramente por causa de la pesadilla, se había deslizado desde su asiento y caído sobre la alfombra golpeándose con el abridor de la portezuela.

Una sonrisa apareció en sus labios. Todo aquello no había sido más que un horrible sueño...

Pero alguien golpeaba insistentemente las ventanillas del «Meteor» por todas partes. La joven, después de pasarse la mano por la frente, para alejar las últimas imágenes de la pesadilla, se incorporó intentando comprender lo que pasaba.

Fue entonces cuando vio, a través de los cristales, caras amenazadoras y puños que golpeaban los vidrios con insistencia. El día había llegado y no cabía duda alguna de que aquel extraño espectáculo no era, ni mucho menos, un sueño más.

Margaret, mientras oía el rumor apagado de las voces, a través de los cristales, manipuló velozmente la manecilla del que tenía al lado. Inmediatamente, un horrible escándalo de gritos, de imprecaciones y de protestas la ensordeció.

—¡Fuera ese coche!

—¡Está interrumpiendo el paso!

—¡Quemémosle!

—¡Debe ser una espía!

—Eso es... ¡Una espía!...

¿Estaba soñando aún? Se pellizcó mientras intentaba tomar contacto, lo más rápidamente posible, con la realidad. Puños amenazadores se levantaron en su dirección. Por todos los lados en que abarcaba la vista, el gentío tenía la misma densa apariencia de torrente humano.

Alguien arrancó la portezuela cuyo cristal había bajado la joven y ésta se vio levantada en vilo y sacada del vehículo a la fuerza. Afortunadamente, la fuerza de los brazos en los que iba siendo entregada fue disminuyendo paulatinamente hasta que se encontró libre y de pie entre la gente.

La marea humana la arrastraba y nada podía hacer por evitarlo. Tornando la cabeza e izándose de puntillas, alcanzó a ver cómo algunos bárbaros volcaban su coche arrastrándolo después hasta el borde de la autopista.

Margaret no podía hacer nada por detenerse ni aun por disminuir la marcha que imponía la enorme corriente humana que avanzaba sin cesar. Una baraúnda infernal la rodeaba y los gritos, las lamentaciones y los juramentos se entremezclaban formando un bárbaro trueno que amenazaba con hacer saltar los tímpanos.

¿Qué había ocurrido? Quizá fuese la guerra la que empujaba a aquella humanidad hacia lugares más seguros. Imposible de hablar a nadie en aquellos momentos. Ciegos, como animales perseguidos, formando parte de una colosal manada, los hombres, las mujeres y los niños, se lamentaban y gritaban sin dejar de empujar a los que iban delante y sin dejar de ser empujados por los que marchaban detrás.

Era un espectáculo de Fin de Mundo; algo apocalíptico, desgarrador, imponente como todas las manifestaciones de un pánico colectivo.

La marea humana desfilaba impetuosamente ocupando las seis anchas rutas que formaban la autopista. Los coches que se iban encontrando eran irremediabilmente volcados o quemados, separados, en fin, del camino que aquella horda irresistible seguía hacia el Este.

Margaret se sentía sin fuerzas. Hacía ya muchas horas que no había probado bocado y su apetito tenía ya características de debilidad general. De repente, sus ojos tropezaron con algo que aumentó considerablemente la cantidad de saliva que fluía en su boca.

Una mujer, que empujaba con una mano un cochecillo de niño en el que iba una criatura de unos seis años, estaba, con la mano libre, desenvolviendo un paquete en el que estaban alineados unos hermosos «sandwichs».

Los ojos de aquella buena mujer se tropezaron con los de miss Brand.

—¿Quiere uno? —inquirió con una sonrisa.

La joven alargó la mano y tras de dar las gracias empezó a devorarle con verdadera ansia.

—¿Va usted sola? —volvió a preguntar la mujer.

Margaret asintió con la cabeza. Con la boca llena le era imposible emitir algo que no fuera el gruñido ininteligible de que se sirvió para contestar afirmativamente. Luego, cuando hubo acabado de comer el bocadillo que tan generosamente le había entregado la mujer, explicó, en pocas palabras, su aventura.

—¡Pobre muchacha! —exclamó la mujer con un sincero tono de piedad—. ¡Espere! Me parece que aún me quedan dos botellas de cerveza. Haga el favor de sostener el cochecito mientras yo miro en este bolso.

La posibilidad de calmar la sed horrible que sentía, aumentada ahora por la sequedad que le había proporcionado el emparedado, hizo sonreír a Margaret que se sentía completamente feliz.

Bebió ávidamente la mitad de la botellita que le alargó la mujer. Después, a un signo afirmativo de ésta, acabó el contenido de otro par de tragos.

—Ha sido usted muy amable, señora —dijo—. Me agradecería poderla ayudar en algo.

—No tiene importancia —repuso la dama—. En estos tiempos terribles es cuando debemos mostrar un espíritu de solidaridad que, desgraciadamente, en nuestra época brilla por su ausencia. ¡Si, al menos, John estuviese conmigo!

—¿Su esposo?

—Sí —contestó la otra—. Fue imposible establecer comunicación con él. Ni los «monotelevisores» ni el teléfono funcionaban entonces... ¡Fue sencillamente terrible!

Margaret recordó entonces que no sabía nada de lo que había provocado aquel espantoso éxodo. Tímidamente, inquirió a su amable compañera.

—Pero... ¿qué ha ocurrido en New York, Dios mío?

—Yo no puedo decirle mucho, señorita —repuso la señora levantando una impotente mirada al cielo—. Al principio, llegó el «apagón» consiguiente, como ha ocurrido otras veces, y nadie, por lo tanto, se alarmó demasiado. La radio y todo lo demás quedó sin funcionar. Pero, a los pocos minutos, una claridad cegadora envolvió a la ciudad que, repentinamente, empezó a arder por muchos de sus puntos. Todos los cables, no solamente los de la calle, sino los del interior de los edificios, se convirtieron en carbón, y esto provocó, naturalmente, una gran cantidad de incendios. Fue algo así como un gigantesco «corta-circuito» que hubiese cogido la ciudad por en medio. ¡Le confieso que no quiero ni acordarme! —Acabó la mujer suspirando ruidosamente.

Margaret se estremeció. Imaginativamente, intentaba realizar en su mente la espantosa escena de aquel espectáculo horroroso.

Por su parte, y a pesar de sus lamentaciones, la dama del niño, continuó hablando.

—Hay quien dice haber visto una especie de pájaros que dejaban escapar una intensa luz. Otros dicen que se trataba de aviones de otros planetas, y hubo gente que volvió a resucitar aquella tontería de los platillos volantes... ¡Vaya usted a saber! Cuando la gente empieza a hablar, no hay que hacer mucho caso. De todas formas, el pánico cundió y todos nos dimos perfecta cuenta de que lo mejor era alejarse de la ciudad.

Una mujer, que iba del brazo de su anciano esposo, se acercó a ellas.

—¡No se por qué critica usted una cosa que no ha visto! Mi hijo, que anda por ahí detrás con su prometida —hizo un gesto vago con la mano—, vio perfectamente esos pájaros luminosos.

La dama del cochecito miro de hito en hito a la nueva interlocutora que se había entrometido en la conversación de manera tan inopinada.

—¿No estaría su hijo —inquirió con tono francamente mordaz— «por casualidad» en la puerta de algún «drungstore»?

La otra se estremeció coléricamente.

—¿Has oído, Albert? —dijo, volviéndose hacia su esposo—. ¡Esta mujer ésta insultando a nuestro Alan! ¡Se habrá visto! ¡Indudablemente, todas estas cosas tienen un inconveniente: se mezcla uno con una clase de gente poco recomendable!

La del cochecito ardía de rabia y tornándose hacia Margaret.

—¡Sujete el coche, señorita! ¡Va usted a ver qué clase de lección voy a dar a esa cotorra!

Albert, el esposo de la quisquillosa, intervino con ánimo de apaciguar a ambas mujeres.

—¡Señora, por favor! —dijo adelantándose hacia la que acompañaba a Margaret—. ¡No lo tome así! Comprendo que los ánimos están excitados y con razón; pero no debemos aumentar la tristeza de nuestra dolorosa situación. Mi esposa ha dicho, aunque mal, la verdad. Voy a llamar a mi hijo para que se lo cuente.

El pobre hombre, volviéndose y sin dejar de andar hacia atrás, se irguió de puntillas. Todo aquello le pareció enormemente cómico a la joven.

—¡Alán! ¡Alaaaan! —gritó el llamado Albert.

La masa que seguía sufrió un movimiento y mientras las protestas sonaban por doquier, un joven, que llevaba de la mano a una linda muchacha, se acercó, trabajosamente, al grupo.

—¿Qué quieres, papa?

Se veía claramente que el muchacho no estaba muy contento de haber interrumpido el coloquio amoroso que, sin duda alguna, iba desarrollando con su novia.

—Alan, hijo mío —suplicó el padre—. Deseo que cuentes a esta señora lo que

viste al salir de la fábrica.

El joven se volvió con ánimo de lanzar una mirada de pocos amigos a la dama cuya curiosidad había sido la causa de que su placentera conversación se interrumpiese. Pero sus ojos tropezaron con Margaret y lo adusto de su rostro se borró como por encanto. Una sonrisa simpática apareció en sus labios.

—Con mucho gusto —se dirigía a la dama del cochecillo, pero sin separar sus ojos de la joven—. Estábamos en la sala de Control, repasando los datos para terminar, cuando ocurrió el «apagón». Afortunadamente, teníamos linternas en cantidad y pudimos salir a la calle con la intención de regresar cada uno a su casa, cuando, nada más que pasar la puerta de la fábrica, los vimos.

«PARECÍAN PÁJAROS Y BRILLABAN INTENSAMENTE. YO PUDE FIJARME EN ALGUNOS DETALLES Y ME CONVENCÍ MUY PRONTO EN QUE SUS ALAS ERAN MUY CORTAS Y BASTANTE DENSAS; COMO SI EN VEZ DE PLUMAS FUERAN TODAS DE CARNE...

«VOLABAN EN GRANDES BANDADAS Y SE DIRIGÍAN HACIA UN PUNTO QUE NO PUDE DETERMINAR. UNOS CUANTOS DE ENTRE ELLOS PASARON A UN CENTENAR DE METROS DE DONDE YO ME ENCONTRABA. TENÍAN UNOS OJOS REDONDOS Y EXTRAORDINARIAMENTE BRILLANTES...»

—¡Dios mío! —exclamó la señora del cochecito completamente convencida—. ¡Hacía tiempo que las cosas iban muy mal! ¡Hay muchos adelantos para que el demonio no esté mezclado en todo ello!

La madre de Alan no había perdido la ocasión y, aprovechándola, se acercó a la del cochecito con una mueca de triunfo.

—¿Ha visto usted, señora? ¡Mi hijo no acostumbra a beber, como usted lo supo...

De la masa enorme del gentío brotó un alarido colosal, emitido por cientos de gargantas al mismo tiempo. Un estremecimiento formidable sacudió la la apretada oleada de seres que sintieron el horror sin saber exactamente el motivo que lo provocaba.

—¡Allí!... ¡Allí! —gritaban por todos lados.

Las miradas, falta de otro horizonte, se levantaron hacia el cielo. Entonces, pudieron ver la causa de aquel loco griterío.

¡MILES DE PUNTOS NEGROS SURCABAN EL ESPACIO AUMENTANDO DE TAMAÑO CONTINUAMENTE. A MEDIDA QUE SE ACERCABAN, SU FORMA IBA SIENDO MÁS RECONOCIBLE Y MUY PRONTO LAS EXCLAMACIONES DE LA GENTE HICIERON COMPRENDER A MARGARET QUE SE HALLABA ANTE LA SOLUCIÓN DE TODOS LOS MISTERIOS.

—¡Son ellos!

—¡Los monstruos!

—¡Corred!

—¡Socorro!

El pánico adquiriría caracteres de locura. Saliendo del encintado de la autopista, la gente corría por los campos, en todas direcciones, abandonando sus enseres, sus pequeños vehículos y hasta sus familiares.

Un egoísmo feroz se había apoderado de aquellos desdichados que no pensaban en otra cosa que en poner a salvo sus miserables existencias.

Margaret fue testigo de escenas que nunca hubiese imaginado contemplar entre seres humanos. Los más débiles, los ancianos y los enfermos eran pisoteados sin clemencia en aquella alucinante huida hacia no se sabía dónde.

La joven, empujada, atropellada por fuerzas mil veces superior a las suyas, fue arrastrada fuera de la autopista y hubo de correr, entre el gentío, para no caer bajo los terribles pies de aquellos energúmenos.

Gritos espeluznantes brotaban por doquier y se hubiese dicho que alguien estaba degollando a toda aquella masa que se movía presa de una manifiesta locura.

Finalmente, Margaret se encontró a la entrada de una cueva enorme por la que iban desapareciendo los que la precedían. En aquellos instantes, siendo una de las últimas personas, pudo detenerse un momento y movida por una curiosidad, más fuerte que ella, volvió el rostro hacia atrás.

¡El horrible espectáculo sobrepasaba todo lo que hubiese concebido una imaginación demoníaca!

AQUELLOS HORRIBLES Y EXTRAÑOS PÁJAROS SE LANZABAN CONTRA LA GENTE, CAYENDO SOBRE ELLOS COMO BUITRES HAMBRIENTOS. SU PEQUEÑA TROMPA SE MOVÍA INTENSAMENTE DE UN LADO PARA OTRO ANTES DE APLICARSE AL CUERPO DE SUS DESDICHADAS VÍCTIMAS...

Margaret, sacudida por violentos sollozos, cerró los ojos.

CAPITULO CUARTO

LA TRAGEDIA SE PRECIPITÓ VERTIGINOSAMENTE!

Ante los ojos de Bruce, la escena horrible se desencadenó mucho antes de que nadie pudiese reaccionar. El joven sintió que sus ojos se desorbitaban de pavor y que su cuerpo entero era presa de un estremecimiento incontrolable.

EL «ELECTRÓFAGO» QUE SE HABÍA ACERCADO AL PROFESOR GEORGES SE ABALANZÓ SOBRE ÉL; POSANDO SU REPUGNANTE TROMPA SOBRE EL PECHO DEL SABIO. INMEDIATAMENTE Y ANTES DE QUE PASASE UN SOLO SEGUNDO... ¡EL CUERPO DEL HOMBRE DE CIENCIA DESAPARECIÓ!

—¡Fuego!

La voz salió de su boca sin que él mismo se apercibiese. Inmediatamente, las armas escupieron fuego, en cortas ráfagas, en dirección de las extrañas criaturas.

La sorpresa de los que, como Bruce, eran espectadores de lo que estaba aconteciendo, aumentó al observar lo que ocurría.

AL SER TOCADOS POR LOS PROYECTILES, LOS «ELECTRÓFAGOS» EXPLOTABAN COMO GLOBOS, DESPUÉS DE LANZAR UNA FORMIDABLE LLAMARADA.

Adelantándose, Milestone se acercó al lugar en el que el profesor Georges había desaparecido. Sobre la tierra quemada quedaba una pequeña piedra negra como única muestra de lo que había sido el hombre de ciencia. Bruce soltó aquella piedra como si ardiese al observar que tenía una cierta apariencia de forma humana.

Los pilotos y el resto de los profesores se habían acercado a él. Fue el aviador el primero que rompió el silencio que se había hecho.

—¡No son tanta cosa como pensábamos! —exclamó—. Las balas les sientan mucho peor que a nosotros.

Nadie le contestó. Todas las miradas estaban fijas en la piedra negra que Bruce había dejado caer.

Lentamente, sin una palabra, regresaron al interior del avión. En todos los rostros se veía el mismo pesar e idéntica preocupación. La muerte del profesor Georges pesaba sobre ellos como una tragedia que nadie podía haber evitado.

—Hay que hacer algo para salir de aquí y volver a New York —dijo Bruce rompiendo el silencio.

—Será necesario que marchemos a pie hasta encontrar algún lugar habitado —repuso el piloto—. Las baterías del avión están completamente agotadas.

Llegaron muy pronto a un acuerdo y, como la mayoría de los profesores tenía una edad nada práctica para las grandes marchas, decidieron dejarles en el aparato con todas las provisiones mientras ellos iban a buscar ayuda.

Durante todo el día fueron atravesando extensos llanos sobre los que habían quedado marcadas las huellas de los tractores que sirvieron para allanar la selva que antes se extendía por doquier. Sin fruto alguno, se adentraron en muchos de los antiguos barracones con la esperanza de encontrar algún ser vivo. Pero todo aquello parecía haber sido abandonado desde hacía mucho tiempo.

Por fin, después de más de diez horas de agotadora marcha, el piloto descubrió junto a algunos árboles recientemente derribados una pequeña cabaña de la que salía una columna de humo. Los últimos metros los hicieron a toda velocidad, impelidos por el ansia de ponerse en comunicación con otro hombre que no fueran ellos.

Tal y como habían previsto, aquella choza estaba habitada y su único ocupante, un guarda que pertenecía al servicio forestal del Estado del Brasil, les recibió amistosamente y, antes de nada, les sirvió una opulenta comida que devoraron en un santiamén.

—¿Estamos muy lejos de alguna ciudad? —inquirió Bruce mientras encendía un cigarrillo.

—Bastante —repuso el hombre—. Y lo más fastidioso es que la línea telefónica no funciona desde hace ya bastantes horas. No puedo llegar a explicarme lo que ocurre con la electricidad en estos últimos tiempos; la verdad es que tenemos ahora un servicio horrible.

Milestone miraba con curiosidad el interior de la cabaña, que poseía una serie de comodidades que para el cansancio del joven ingeniero constituía una atracción demasiado golosa. De repente, sus ojos encontraron un hermoso aparato de radio, de último modelo, que estaba colocado sobre una mesa de rústica construcción.

Por un momento, Bruce experimentó una sensación de alegría que, casi inmediatamente, se desvaneció por completo. ¡Había olvidado que la electricidad estaba dejando de existir! De todas formas, no quiso ser descortés con el dueño del aparato que había sorprendido su mirada.

—¡Excelente «radio»! —exclamó.

—Lo compré con mis ahorros —explicó amablemente el guarda forestal—. Para mí, en esta soledad, es el único amigo que me divierte, se lo aseguro.

—Habrás sido hasta ahora, porque sin corriente...

—¡No me hace falta! Tengo aún una buena provisión de pilas que compre hace muy poco tiempo, en mis últimas vacaciones...

—¿PILAS?

El hombre miró a Bruce como si dudase de su integridad mental. Se extrañaba tremendamente de que aquel joven, que parecía inteligente, sintiese tal admiración por unas vulgares pilas.

Pero Bruce no le dejó meditar mucho.

—¿HA DICHO USTED QUE TENÍA PILAS?

Aquello sonó al guarda forestal como una broma de mal gusto. No obstante, retenándose, contestó:

—Sí, señor. Tengo aún un buen par de docenas —luego, decidiéndose a conocer la verdad de todo aquello—. ¿Se puede saber por qué tiene tanto interés por mis pilas?

Bruce lanzó una carcajada. Comprendía ahora el cómico equívoco en que había incurrido al no explicar, antes de nada, todo lo que estaba ocurriendo respecto a la electricidad a aquel hombre que, sin duda alguna, no se comunicaba con el mundo hacía mucho tiempo.

—¿Es que no ha oído usted la radio en estos últimos días? —inquirió extrañado a su vez de que no hubiese escuchado los boletines de información que se habían radiado.

—Hace días que no toco el aparato —repuso el hombre—. Todo este tiempo atrás he tenido muchísimo que hacer para evitar que alguien se llevase las herramientas de los depósitos.

Bruce le explicó, en pocas palabras, todo lo que venía ocurriendo y hasta le contó lo últimamente acontecido con los «Electrófagos». El hombre empezó a creer que le estaban gastando una nueva broma, pero al ver la seriedad pintada en el rostro de su interlocutor, acabó por comprender que se trataba de una espeluznante realidad.

—¡Yo siempre le dije a Dory que no tardaríamos mucho en recibir la visita de los habitantes de otros Planetas! Dory es mi esposa, ¿sabe usted?

El joven logró persuadirle para que colocase una pila nueva en el aparato, ya que lo más interesante era tomar contacto con el mundo y conocer los acontecimientos que se hubiesen desarrollado desde la salida de la escuadrilla de investigación.

Momentos más tarde, tras recorrer inútilmente todo el dial que contenía las emisoras del Imperio, Bruce cambió la longitud de honda, no tardando en captar una estación europea.

—«Las noticias que nos llegan del otro lado del Atlántico —decía el “Speaker”— no son nada satisfactorias. Últimamente, New York ha sufrido un grave accidente general que ha hecho que más de las tres cuartas partes de la ciudad estén aún en llamas. Los incendios, producidos según parece por un gigantesco “corto-circuito”, están siendo difícilmente dominados debido a su enorme extensión. La población de New York huyó, desde el principio de la catástrofe, inundando todas las autopistas que rodean a la ciudad y dirigiéndose hacia puntos más tranquilos del país. Aquí, Radio Berna...»

Se disponían a cortar la comunicación, cuando la voz del locutor volvió a llegar hasta ellos.

—«¡Atención!... ¡Atención! Comunican, en estos mismos instantes, desde la Emisora de Oslo que los habitantes de esta ciudad están huyendo, presa de un pánico indescriptible, por haber visto en pleno día una especie de extraños pájaros, de cuerpo brillante, que han hecho saltar las instalaciones eléctricas de la capital noruega...»

Bruce cerró con un colérico gesto el botón de contacto del aparato. Luego, volviéndose a los otros.

—¡Son ellos, los «Electrófagos»! Están en curso de dominar toda la Tierra. Sin embargo, acabamos de ver que son sensibles a las balas de nuestras armas —hizo una pausa—. ¡Tenemos que ponernos en comunicación con el Ejército! Seguramente, nadie ha podido hasta ahora comprender que podemos combatir a esas extrañas criaturas.

Decidieron continuar el viaje inmediatamente. Por su parte, el guarda forestal se dispuso a acompañarlos, ya que, según dijo con toda franqueza, no se encontraba tranquilo en aquellos lugares después de oír las cosas que había escuchado por la radio.

—Yo —explicó mientras acariciaba su rifle— estoy acostumbrado a combatir con gente de carne y hueso. Todos estos pájaros son, para mi, de pésimo agüero.

Milestone fue el primero en abrir la puerta de la choza para abandonarla. El atardecer ponía notas rosadas en el horizonte. El silencio, en aquellos parajes, era absoluto.

FUE ENTONCES CUANDO LEVANTÓ SUS OJOS HACIA EL CIELO, QUE VOLVIÓ A VERLOS. FORMABAN UNA ENORME BANDADA Y PARECÍAN DIRIGIRSE DIRECTAMENTE HACIA LA BARRACA DEL GUARDA FORESTAL.

Éste, que había salido también, siguió la mirada del ingeniero y no pudo evitar que un grito de horror surgiese de su garganta.

—¡Vamos adentro! —rugió Bruce.

Cerraron precipitadamente la puerta, disponiéndose a resistir el asalto que estaban seguros sufrirían. Milestone y los dos aviadores parecían bastante tranquilos. En cuanto al guarda, una palidez cerúlea hacía que los huesos de su cara fuesen accesibles a la vista a través de la blancuzca piel del rostro.

—¿Cuántas armas tenemos? —inquirió el joven lanzando una mirada circular.

—Yo tengo la mía, con treinta proyectiles —repuso el piloto.

—Yo tengo también la mía con una veintena de cartuchos —replicó el copiloto.

En cuanto al pobre guarda, le hubieron de preguntar varias veces hasta lograr una respuesta concreta.

—En total —resumió el ingeniero—, tenemos cerca de doscientos cartuchos y cuatro rifles para oponernos a los «Electrófagos» —miró significativamente al guarda forestal, al que en realidad iba dirigida directamente la observación que se disponía a hacer—. Tienen que tener en cuenta que hay que evitar, de cualquier forma que esos monstruos se acerquen a cualquiera de nosotros. Si consiguen posar su pequeña trompa sobre el cuerpo, nada podrá hacerse ya por el que sea así tocado.

El aviador, que se había colocado junto a la ventana, volvióse rápidamente.

—¡Ya están aquí!

Bruce se precipitó a su vez para contemplar la llegada de los «Electrófagos»...

ESTOS RODEABAN YA TOTALMENTE LA CABAÑA. EN LA

OSCURIDAD, QUE IBA AUMENTANDO POR MOMENTOS, SUS GRANDES OJOS REDONDOS PARECÍAN DOS ARCOS VOLTAICOS SUSPENDIDOS EN LA LIGERA LUMINOSIDAD QUE BROTABA DE SUS CUERPOS.

Por primera vez, Bruce los veía casi apagados. Pero ahora ya era capaz de comprender lo que les ocurría. Su organismo debía estar casi vacío de electricidad. Cuando pensó lo que aquello significaba, un escalofrío de horror recorría su cuerpo.

¡LOS «ELECTRÓFAGOS» ESTABAN HAMBRIENTOS!

Debían haber sentido, desde la altura por la que volaban, la existencia de la carga eléctrica contenida en las pilas del guarda forestal. Aquello era un excelente manjar para ellos; pero, además..., estaba su propia electricidad; electricidad de aquellos cuatro hombres, que las repugnantes trompas eran capaces de sorber hasta la última esencia.

—¡Romper los cristales y abrir fuego!

A la orden de Bruce, sus compañeros obedecieron prestamente y tras los característicos chasquidos que produjeron los vidrios al saltar en pedazos, empezaron a oírse las secas detonaciones de los rifles.

El guarda forestal, que parecía el más reacio a entablar combate, se animó en seguida al comprobar que sus disparos hacían estallar en el aire a aquellos raros seres de pesadilla que intentaban, por todos los medios, penetrar en la cabaña.

—¡Cuiden de no hacer ningún disparo en balde!

Aquella observación de Milestone estaba justificada, aunque, por desdicha, llegaba un poco demasiado tarde.

En efecto, llevados por el ímpetu que había adquirido el combate, los dos aviadores y el guarda habían disparado rápidamente, sin que los proyectiles empleados estuviesen en igualdad con las bajas que había sufrido el enemigo. Muy pronto, el copiloto se volvió reclamando proyectiles.

—¡Me he quedado sin un cartucho! —exclamó con un cierto tono de pánico en la voz.

Bruce le alargó un puñado de los suyos. Pero al cabo de muy poco tiempo, solamente el joven tenía aún media docena.

La situación era desesperada. Muchos «Electrófagos» habían explotado en el aire, pero el número de los que volaban alrededor de la cabaña era aún bastante numeroso.

¡FUE ENTONCES CUANDO, CON UN RUIDO ATROZ, UNA DE LAS VENTANAS SALTÓ SOBRE SUS GOZNES, DEJANDO PASO A UNO DE AQUELLOS MONSTRUOSOS SERES QUE PENETRÓ COMO UNA EXHALACIÓN EN LA ESTANCIA!

A toda velocidad, Bruce y sus compañeros se alejaron de la fachada colocándose en un rincón. El joven ingeniero se puso delante de todos protegiéndoles con el arma y sin osar hacer un disparo mientras no comprobase las intenciones del

«Electrófago».

ESTE, TAL Y COMO LO HABÍAN VISTO JUNTO AL AVIÓN, SE MANTENÍA ERECTO, APOYANDO SU CORTA COLA EN EL SUELO Y COMO UN GROTESCO FANTASMA QUE FLOTASE.

¡SUS GRANDES OJOS REDONDOS ESTABAN FIJOS EN LAS CRIATURAS HUMANAS!

La tensión nerviosa de Bruce se estaba haciendo intolerable. Con el dedo en el gatillo, espiaba el menor movimiento del «Electrófago», dispuesto a hacer fuego ante la más mínima señal de amenaza. Entre tanto, repasaba mentalmente las consecuencias que tendría la explosión de uno de aquellos monstruos en el interior de la cabaña.

«Seguramente —pensó— saltaremos en pedazos cuando ese diabólico bicho explote».

Era una alucinante situación en la que, de todas formas, estaban perdidos. Inopinadamente, cuando el «Electrófago» empezaba a avanzar hacia ellos, la entrada de tres más, desvió su atención hacia la ventana.

Con los ojos desorbitados, los humanos observaban aquella fantasmagórica reunión, ya que los tres «Electrófagos» parecían conversar animadamente. En realidad, a pesar de que sus trompas se movían constantemente, ningún sonido llegó a los oídos de los hombres. Tan sólo el brillo de los ojos, que aumentaba y disminuía de intensidad, era la única señal de «vida» que daban aquellos seres.

Pronto dirigieron sus miradas hacia la radio, y uno de ellos, después de colocar horizontalmente su cuerpo en el aire, lanzóse hacia el aparato en el que posó el extremo de la trompa. Inmediatamente, su cuerpo adquirió una luminosidad extraordinaria.

Entretanto, los otros parecían haber descubierto el lugar en el que el guarda forestal ocultaba sus pilas y, de igual manera que el anterior, se colocaron horizontalmente, avanzando hacia las pilas y llenándose de luz nada más que aplicaron sus trompas sobre ellas.

—¡Se están comiendo la electricidad! —exclamó horrorizado el guarda.

—¡Quiera Dios que salgan satisfechos de ese «banquete» —dijo el piloto.

No tuvo necesidad de continuar porque, tanto su compañero como Bruce, comprendieron perfectamente el sentido de aquellas terribles palabras.

Como si el Destino se complaciese en aumentar la angustia que atenazaba sus corazones, cuatro «Electrófagos» más penetraron en la estancia. Todo lo que hicieron para lograr una mayor luminosidad corpórea aplicando sus trompas en los lugares en que las habían puesto sus compañeros, fueron inútiles.

ENTONCES, VOLVIÉNDOSE HACIA EL SITIO QUE OCUPABAN LOS HOMBRES, AVANZARON UN TANTO HASTA ESTAR A MENOS DE MEDIO METRO DEL CAÑÓN DE BRUCE.

PERMANECIERON UNOS INSTANTES PARECIENDO CONTEMPLAR CON SUS REDONDOS OJOS A AQUELLAS MINÚSCULAS PRESAS, CUYA ELECTRICIDAD ERA, PARA ELLOS, UNA DOSIS DEMASIADO PEQUEÑA.

LUEGO, REPENTINAMENTE, SE COLOCARON EN POSICIÓN HORIZONTAL.

¡Bruce se dio cuenta de que los «Electrófagos» se lanzaban al ataque!

CAPITULO QUINTO

Cada vez que alguien se atrevía a alejarse de la cueva lo más mínimo, nunca más volvía a saberse de él.

Tal era la espantosa ley que reinaba por doquier desde que se había producido la invasión de los «Electrófagos». De Norte a Sur y de Este a Oeste, todo el territorio continental que ocupaba el Imperio estaba bajo el dominio de aquellos alucinantes seres que habían paralizado totalmente la vida de cada uno de los grandes Estados que formaban el territorio imperial.

El hambre, la sed y la miseria se adueñaron por completo de los enormes contingentes humanos que se habían desplazado desde las grandes ciudades. Éstas, completamente vacías, con sus calles repletas de escombros que las explosiones eléctricas habían producido, estaban solamente visitadas por las miríadas de «Electrófagos» que, como cuervos hambrientos, volaban por encima de las ruinas en busca de alguna presa que pudiese satisfacer su apetito eléctrico.

Margaret Brand vivía, en compañía de unos cuantos millares de newyorkinos que se habían refugiado en las enormes cuevas del Estado vecino al de su ciudad. La muchacha había tenido la fortuna de encontrarse de nuevo con la dama del cochecillo y la familia con la que había discutido tan acaloradamente esta última.

Los primeros días se repartieron fraternalmente los pocos alimentos que llevaban consigo. Pero en seguida las vituallas faltaron por completo con el hambre y la sed llegaron las desavenencias, los reproches y el odio.

Nunca mejor pudo hacer el parangón entre aquellos subterráneos y el infierno. La codicia, la envidia; en general, la Bestia que los seres humanos llevaban dentro, surgió para defender, con toda la fuerza de los instintos, la vida que ya había perdido su real valor.

Muchos de entre aquellos que estaban refugiados en las grutas, prefirieron salir y exponerse a caer en manos de los «Electrófagos» antes de convivir con aquella especie de jauría en que se había convertido el gentío allí encerrado.

Se respiraba, en toda la anchura del Imperio, un horrible aire de Fin del Mundo. La mayoría de los valores morales de la Humanidad habían caído y degenerado por completo. Tan sólo algunos seres, entre los que afortunadamente se encontraba Margaret y sus amigos, seguían luchando, sufriendo y padeciendo, sin dejar de pedir al Todopoderoso el final de aquella terrible e inacabable prueba.

Margaret no dejaba tampoco de acordarse del joven Bruce. Quizá era aquél el único goce íntimo que podía procurarse. Echada sobre el fondo arenoso de la cueva, pasaba la mayor parte del tiempo dejando que su imaginación forjase fantásticos planes en una semi-inconsciencia que, por lo menos, le servía para olvidar la presencia insistente de los dos espectros que amenazan la vida: el Hambre y la Sed.

Sin noticias, careciendo de todo contacto con el exterior, regidos por la fuerza y el salvajismo, los allí encerrados llegaron, en su ceguera espiritual, a desear mil veces

una muerte que, al menos, les traería el final de los horribles sufrimientos que estaban padeciendo.

Al principio, una guardia de adultos, graciosamente voluntarios, vigilaba que ninguno de los niños saliese, por imprudencia, del interior de las grutas. Pero luego, cuando la Barbarie se apoderó de los espíritus y el Egoísmo reinó en dueño absoluto, la vigilancia desapareció y muchos pequeños acabaron entre las garras de los «Electrófagos».

Entre las personas que guardaban aún, en el fondo de sus corazones, un hálito de esperanza, estaba Margaret Brand, que no pudo jamás dejar de pensar en que aquella horrorosa pesadilla tendría un fin.

SEGUNDA PARTE

«Van a hablar los “Electrófagos”. Si alguien se extraña; si alguien se sonríe, nada podrá ser dicho en su contra. Pero, que piense al menos, que la única cosa que no se detiene, ni ante el mismo Infinito, es la imaginación, hija del Pensamiento y, por lo tanto, producto de la parcela de divinidad que llevamos dentro.»

CAPÍTULO PRIMERO

Desde la desaparición del Sistema Solar Kruphiano, el poder había sido directamente remitido a la vieja Dinastía de los «T'ais». En realidad, la real estirpe estaba asesorada por los descendientes de un grupo de hombres de ciencia, cuyo nombre había perdurado a través de las épocas y no se había borrado aún de la memoria de los modernos Kruphianos.

La vida sidereal a la que habían sido proyectados por la disolución de su Sistema Planetario; las profundas modificaciones que sufrieron sus organismos y las condiciones especiales a que fueron sometidos, no habían disminuido, en modo algunos, las esencias idóneas de una Raza cuyo grado de civilización había alcanzado puntos asombrosos.

Los «Electrófagos» heredaron, por tal motivo, una inteligencia muy desarrollada que, a falta de enseñanzas escritas, se basaba fundamentalmente en las enseñanzas «orales» que se iban transmitiendo los unos a los otros.

Atrofiado el aparato fonador, como otros muchos de los antiguos organismos Kruphianos —en todo semejantes a los habitantes de la Tierra—, el lenguaje desapareció del mismo modo. Pero, como todas estas evoluciones se realizaron a lo largo de un período de millones de años, los nuevos cuerpos de vida intersidereal pudieron adaptarse perfectamente a las nuevas condiciones, creando unos nuevos procedimientos que supliesen a los que la Naturaleza les había quitado.

Desde hacía mucho tiempo, los «Electrófagos» se comunicaban entre si por una especie de emisión electromagnética que brotaba de sus ojos. Las ideas salidas de su cerebro se modulaban, en cierto modo, convirtiéndose en cambios tensoriales de electricidad que brotaban de sus pupilas como mensajes salidos de un aparato de telegrafía sin hilos.

La recepción se hacía a través de la sensible piel que recubría sus cabezas. Era, pues, un lenguaje «visual» que no tenía nada que envidiar al fonético de los humanos, con la ventaja de que podía estrechar más que por medio de palabras, los estados de conciencia.

La llegada a la Tierra constituyó para los «Electrófagos» un acontecimiento extraordinario que debería constar en su Historia como un hito importante y excepcional en su nueva civilización.

Naturalmente, que el «T'ais» reinante había seguido las operaciones de conquista desde un lejano lugar rodeado por el grupo de sabios que le asesoraba en las operaciones. Cientos de «Electrófagos» subieron en sus cuerpos la electricidad



suficiente para alimentar a aquella Corte que era, al mismo tiempo, un formidable Estado Mayor.

En un principio, el «T'ais» fue incapaz de contener el impulso de sus hambrientas huestes que se lanzaron ávidamente sobre la Tierra que, para ellos, era el cuerpo celeste que más electrificado habían encontrado a lo largo de su eterno caminar por el espacio.

Pasadas aquellas primeras jornadas de libertad absoluta, los jefes «Electrófagos» empezaron a regresar junto al monarca para comunicarle el resultado de las observaciones que habían realizado hasta entonces.

Para ellos, sino hubieran recordado, aunque muy vagamente, su antigua naturaleza humana, les hubiese resultado imposible poder comprender el modo de existencia de los Terrenos. Quizás la soldadesca electrófaga no comprendiese que el Planeta que estaban invadiendo no era más que una imagen parecidísima al antiguo Kruphon.

El Consejo de sabios fue reuniendo las informaciones recibidas para poder crear un plan de invasión que estuviese de acuerdo con las necesidades del pueblo caminante del Espacio. Uno de los científicos, cuya memoria era verdaderamente prodigiosa, expresó a su Rey los temores que le acuciaban.

—«No es nada convincente —dijo— la manera en que estamos desarrollando la ocupación de este Planeta. Desde el mismo momento en que nuestro campo gravitatorio entró en contacto con la atmósfera de este cuerpo sideral, nuestro pueblo se ha lanzado sobre él para satisfacer las necesidades que se iban mostrando crueles con nosotros. En nuestra nebulosa, la electricidad, el alimento de nuestra vida, iba disminuyendo. Pero, a pesar de todo, lo que estamos realizando actualmente es una verdadera locura y de nada nos servirá haber encontrado en el Espacio una fuente de energía tan maravillosa como ésta —hizo una pausa durante la cual sus grandes ojos redondos se cerraron al tiempo que sus emisiones electromagnéticas se interrumpían. Luego, pasados unos instantes, prosiguió. —Recordemos cómo nuestros antepasados, los Kruphianos, producían electricidad. Por todos los informes que vamos recibiendo, los seres que habitan en este Planeta no han llegado aún al desarrollo industrial que conseguimos nosotros. Igual que nuestros antecesores lo hacían en el año 1154 de la Segunda Era Kruphiana, los pobladores de este astro logran la electricidad por medios antiguos, entre los cuales descuella, en su honor, el de la desintegración atómica. Ellos no han logrado todavía descubrir la forma de producir electricidad “reversible” a partir del paso de una dimensión a otra, de forma a que la energía obtenida no se acabe jamás. Estoy seguro que conocen, sin embargo, el concepto de la Entropía ^[3]; pero no han podido aplicar esta maravillosa experiencia a la realidad.»

El «T'ais pareció tener bastante de toda aquella conferencia que empezaba a cansarle.

—«Todo lo que has dicho está muy bien. Pero lo que deseamos es comprender los

motivos que tienes para estar tan alarmado.»

—«Nada más fácil. Si continuamos apoderándonos de la electricidad de este Planeta, llegará un momento en que, no produciéndose más, tendremos que abandonarlo, pues ya no nos servirá absolutamente de nada.»

El «T'ais» miró fijamente al sabio.

—«¡Te ordeno que nos digas de qué forma debemos actuar para garantizar la vida de nuestro pueblo durante la mayor cantidad de tiempo posible!»

—«Nuestro pueblo está, por el momento, completamente ahíto. Si les ordenas que se retiren del Planeta, sus habitantes empezarán a trabajar de nuevo y, dentro de un cierto tiempo, podremos descender otra vez para aprovisionarnos de la energía que nos es necesaria. De esta manera, por etapas, podremos sacar la mayor utilidad de este venturoso encuentro».

Todo aquello era terriblemente convincente y los que escuchaban al sabio cerraron sus ojos, signo que en los «Electrófagos» significaba un estado de concentración mental.

Pasaron así unos cuantos minutos, hasta que el monarca volvió a expresar su decisión.

—«Todo lo que nas dicho encierra una gran verdad. Por lo tanto, decreto que, a partir de este mismo instante, una vez se haya recogido la suficiente electricidad para nuestra consumición durante un tiempo conveniente, nuestro pueblo se retire de la superficie de este Planeta hasta el momento en que yo ordene una nueva incursión.»

Otra de las criaturas que formaba parte de aquella fantástica reunión, empezó a emitir sus ideas.

—«Como piloto del pueblo de los “Electrófagos”, puedo informar a nuestro supremo «T'ais» todo lo referente al Espacio que ocuparemos durante esta fase de espera que has dictado. Debido a los peligros de escapar, por cualquier accidente cósmico, a la atracción del Planeta sobre el que estamos, propongo que llevemos nuestra masa cósmica hacia la parte alta de unas montañas que, según me han informado, existen en el mayor continente de este Planeta. Podremos así mantenernos aislados de esta Humanidad hasta el momento que nuestras reservas de electricidad hayan disminuido lo suficiente para motivar otro ataque.»

Y así ocurrió, que, desde aquel momento, los «Electrófagos» se retiraron de la superficie de la Tierra tan misteriosamente como habían llegado.

Y la Humanidad pudo salir de los lugares en que se había ocultado, con una luz incrédula en los ojos, felices y desdichados, al mismo tiempo.

CAPITULO SEGUNDO

Fueron al principio tímidas las salidas de los más decididos. Éstos regresaron minutos más tarde reflejando en sus ojos los mismos temores que desde el principio.

Luego, más tarde, a medida que se fueron convenciendo de la total y completa desaparición de sus enemigos, la confianza empezó a renacer en sus corazones y las salidas, fuera de las grutas, se generalizaron hasta que, por último, la totalidad de los refugiados llegó a convencerse de que el alucinante peligro había desaparecido por completo.

El regreso a las ciudades no fue acompañado de la alegría que debía haber subrayado el término de tantas y tantas penalidades. La mayoría de los seres que regresaban a sus hogares, habían sufrido la pérdida de algún familiar o de algún amigo, cosa que no podía derrocar, en forma alguna, la alegría que sentían muy internamente.

New York había desaparecido casi por completo. Barrios enteros no mostraban más que las calcinadas ruinas de los edificios que el fuego consumió. Toda la ciudad ofrecía un desolador aspecto y así la encontraron los que llegaban, con los ojos aún impregnados de las angustias pasadas.

La Sede del Gobierno, con todos sus componentes en el interior, mostraba la desnudez de sus vigas de hierro y de sus restos carbonizados. El país, sin autoridad competente, atravesó una época de completa anarquía que no hizo más que aumentar el sufrimiento de los que habían regresado a sus hogares para disfrutar de una paz bien merecida.

Margaret, con una tristeza en el alma difícilmente borrable, encontró afortunadamente su hogar indemne. Durante varios días permaneció encerrada procurando restaurar sus energías y recubrir con un poco de carne el esqueleto que en aquellos momentos era. Después, cuando se atrevió a salir a la calle, dirigiéndose hacia su lugar habitual de trabajo, comprobó con horror que el maravilloso edificio de la «Electric Control Center» no era más que un informe montón de ruinas y hierros retorcidos.

Al contemplar aquel desastroso espectáculo, la joven se sintió profundamente desamparada y sus súplicas se centraron en el deseo ardiente de que la Providencia le permitiese volver a ver a la única persona a la que su corazón seguía íntimamente unido.

¡Bruce Milestone!

¿Dónde estaría ahora? No existiendo todavía ningún medio de comunicación, tendría que esperar semanas, quizás meses para saber lo que había acontecido al joven ingeniero. Después, cuando las noticias llegasen, quizá viniesen a demostrarle que todos los sueños, que todas las esperanzas que la alentaban ahora, no habían tenido otro motivo que el de esperar una cosa imposible.

Regresó a su domicilio y, como tantas y tantas personas, esperó que los asuntos

de la ciudad volviesen a su cauce. La alimentación era escasa, ya que los únicos almacenes que se habían salvado del incendio, fueron asaltados por las turbas enloquecidas por el hambre después de la terrible estancia en las grutas donde habían logrado salvar sus vidas.

Una semana entera transcurrió antes que los servicios de televisión volvieran a establecer contacto entre las nuevas autoridades del Imperio y la población. Rápidamente, volvieron a funcionar los Servicios Públicos y los almacenes tornaron a abrir sus puertas repletos de todo lo necesario para la vida.

El ver de nuevo la ciudad, o lo que quedaba de ella, bajo los potentes chorros de luz de la iluminación nocturna, hizo que la gente recobrase su normalidad absoluta, cosa que demostraba cuan importante era la electricidad para la civilización.

Margaret gozaba también de aquel renacer de la vida y su contento fue completo cuando fue avisada para que se reintegrase de nuevo a su puesto, en un edificio menos imponente que el antiguo y con un jefe nuevo, ya que míster Huntley Rank-Lattimer había perecido junto al Ministro de la Guerra en la reunión que estaban celebrando el mismo día en que miss Brand salió de la ciudad.

Los Estados Unidos de Europa se volcaron materialmente, enviando toda clase de ayuda material al Imperio. Así se demostró claramente que la tesis que dominaba, haciendo creer que lo ocurrido era un ataque europeo, desvaneciéndose por completo.

Margaret continuó viviendo tranquilamente en la nueva existencia, que no era más que una caricatura, un remedio de la anterior. La personalidad del nuevo director, era muchísimo menos complicada que la del difunto Lattimer. Sin embargo, la labor se hizo sentir con toda su intensidad, pues la preocupación más inminente del nuevo gobierno del imperio era la de reconstruir todo lo que había desaparecido desde el ataque de los «Electrófagos».

Las emisoras de Televisión fueron comunicando, con detalles más precisos cada vez, la amplitud de las pérdidas sufridas, y cuando la cifra de veinte millones de muertos y desaparecidos se hizo pública, la población entera se estremeció de horror al percatarse de la espantosa dimensión de los acontecimientos, que siempre se habían creído menos funestos.

Con los codos sobre sus rodillas, cada noche, sujetando su cabeza con las palmas de las manos, Margaret asistía a todos los programas oficiales de Televisión esperando que la noticia más importante para ella llegase al fin.

Y así ocurrió.

CAPITULO TERCERO

Sin darse exactamente cuenta de lo que hacía, Bruce apretó el gatillo de su rifle, sintiendo la vibración de la ráfaga en su propio organismo.

No podía fallar, en modo alguno, su puntería. La distancia que le separaba de los «Electrófagos» era mínima y ni su mismo nerviosismo, que hizo temblar su mano en el momento de oprimir el gatillo, no podía hacer nada para evitar que las balas llegaran a su destino.

Cuatro de los «Electrófagos» explotaron al mismo tiempo. Fue como si una gigantesca bomba hubiese estallado en el interior de la frágil cabaña. Un ensordecedor trueno abrió su gigantesca voz desgarrando violentamente el silencio que había roto ya, momentos antes, la ráfaga disparada por el joven ingeniero.

Éste, sintió una horrible sensación de desquiciamiento general que, en la corta fracción de tiempo que se mantuvo aún con sentido, le hizo temer que su cuerpo se disolviese en el espacio. Todo su organismo se estremeció ante la horrible explosión y, sin embargo, alcanzó a ver antes de hundirse en la profunda nave, que la llamarada que brotaba del deshecho cuerpo de los «Electrófagos» pasaba por encima de él, que se había arrodillado para disparar, barriendo totalmente a sus compañeros.

Cuando recobró el conocimiento era ya de noche. Las estrellas parpadeaban en un cielo oscuro y una brisa cortante producía un siseo constante al rozar las hojas de los árboles.

Permaneció mucho tiempo en la posición que se encontraba, no porque no se atreviese a modificarla, sino porque no se encontraba con fuerzas para realizar el menor movimiento. El dolor que sentía era tan intenso que le fue imposible encontrar una localización precisa, ya que, en realidad, era el cuerpo entero el que le dolía horriblemente.

Repasó mentalmente los acontecimientos últimos estremeciéndose muy, a pesar suyo. Fue al pensar en sus compañeros, cuando empezando a imponerse por encima del dolor que le torturaba, consiguió, con su esfuerzo sobrehumano, colocarse de rodillas.

La cabaña del guarda forestal había desaparecido. El espectáculo que se ofrecía a sus ojos era un vivo paisaje de desolación que ocupaba una extensión de terreno de muchos metros a su alrededor. Se preguntó en seguida si estaba realmente vivo o todo aquello pertenecía a la más extraña de las experiencias...

Cuando logró iniciar los primeros pasos, tambaleándose como un ebrio, se percató de que era el único ser vivo en aquellos lugares. Por mucho que buscó, no logró hallar el menor resto de sus compañeros y una sincera congoja se apoderó de él al culparse de haber sido el promotor de aquella terrible catástrofe.

¿Y si no hubiese disparado?

Su razonamiento le llevó a hallar la conclusión lógica de lo que hubiese ocurrido de no haber abierto fuego contra los «Electrófagos». La muerte hubiese sido quizás,

para los aviadores y el guarda forestal, mucho más terrible...

Nunca pudo saber el tiempo que tardó en reponerse por completo y jamás pudo darse cuenta de los días o las semanas que hubo menester para ponerse en contacto con la civilización.

Atravesó penosamente una región selvática en la que había pocas muestras de la mano del Hombre. Alimentándose de frutos salvajes y dando muestras de una voluntad de hierro, consiguió salir con vida de los infectos parajes en que había penetrado.

Finalmente, casi desnudo, extenuado, con un aspecto miserable y murmurando incoherentes, se presentó en una alejada factoría del Estado del Brasil.

A partir de aquel momento y después que se hubo restaurado, las estaciones de Televisión del mundo entero hicieron conocer su imagen y sus hazañas en los cinco continentes. También conoció él la desaparición de los «Electrófagos» y la felicidad de que volvía a gozar la Humanidad entera.

Margaret le recibió como merecía y dos semanas después se unían en matrimonio en uno de los templos de la ciudad de New York.

Todo parecía indicar que una felicidad sin límites les esperaba. Destinado a las nuevas instalaciones, no menos gigantescas que las anteriores, de la «Electric Control Center», como ingeniero principal, la vida le ofrecía un porvenir francamente risueño.

Pero el Destino tenía aún algunas palabras que decir...

EN AQUELLOS INSTANTES, EL «T' AIS» ESCUCHABA LAS ALARMANTES NOTICIAS DE UNO DE SUS ASESORES:

—«NUESTRAS RESERVAS DE ELECTRICIDAD SE ESTÁN TERMINANDO, MAJESTAD».

El extraño monarca de aquellas criaturas cerró sus redondos ojos durante un corto tiempo. Después...

—«YO ORDENO QUE NUESTRO PUEBLO VUELVA DE NUEVO A LA SUPERFICIE DE ESTE PLANETA.»

TERCERA PARTE

«Indócti discant et ament meminisse periti»

(Que los ignorantes aprendan; que los sabios gusten también de recordarlo.)

CAPITULO PRIMERO

Desde lo alto del cielo, en aquella noche de una negrura excepcional, los pasajeros de los aviones que no cesaban de afluir al colosal aeropuerto, observaban asombrados la maravillosa luminosidad que brotaba de la ciudad.

Berlín Se había convertido en el punto de atracción de la Humanidad entera. La LII Exposición Internacional iba a abrir sus puertas al gentío curioso que ya se agolpaba ante ellas, creciéndose constantemente con los que llegaban a cada instante por todos los medios de locomoción conocidos.

Los doce millones de habitantes que tenía la ciudad habían sufrido un incremento tal que los últimos cálculos aseguraban que casi se había duplicado tal cifra. El cúmulo de ciudades-satélites que rodeaba la gran urbe, en una extensión de doscientos kilómetros, estaba saturado de visitantes y constituía una verdadera locura el encontrar un sitio donde cobijarse.

Los parques públicos y los grandes bosques que colindaban con Berlín se hallaban repletos de vehículos dotados de un remolque habitable que constituía, en aquellos momentos, el más precioso de los dones; un tesoro por el que mucha gente hubiese dado una fortuna.

Cerca de diez años había costado montar el formidable espectáculo de la LII Exposición Internacional en Berlín. A pesar de que todas las emisoras de Televisión propagarían los espectáculos, con el menor detalle, al Mundo entero, la gente prefería, como en cualquier época de la Historia, contemplar con sus propios ojos las maravillas allí encerradas.

Todas las técnicas modernas habían contribuido a hacer de aquella Exposición una especie de maravilloso país en el que los espíritus más exigentes encontrarían un indecible placer y un recuerdo imperecedero.

Margaret, en compañía de su esposo, que había querido obsequiarla con visita a la fantástica exposición, lograron encontrar las habitaciones que habían reservado desde New York.

Al día siguiente tuvo lugar la inauguración y la pareja consiguió penetrar en el recinto de la Exposición con la primera oleada de gente, cosa que les proporcionó el placer de ser los primeros en visitar las sorprendentes instalaciones, basadas en la Energía Atómica que era convertida en mil cosas distintas para atracción y regocijo de los espectadores.

Lo que más les llamó la atención, desde un principio, fue el Pabellón de



Cibernética [4]. Allí pudieron contemplar los últimos adelantos y las más recientes conquistas en la realización de «robots». El espectáculo estaba originalmente montado y en el centro del vasto salón del Pabellón, una doble pareja de hombres y mujeres «máquinas» desarrollaban una partida de tenis en la que no faltaban, en algunos momentos, los graciosos gestos de los «robots» femeninos que imitaban maravillosamente a los seres humanos.

Y otras muchas cosas captaron la atención de la pareja que, amorosamente entrelazada, iba de un lugar a otro repleta de una sana y sincera alegría.

De repente, Bruce frunció el entrecejo y, sin percatarse de lo que hacía, se separó bastante bruscamente de su compañera. Ésta, extrañada, siguió la dirección en que se dirigía la mirada de su esposo.

Frente a ellos, en un minúsculo barracón, se encontraba algo que produjo un estremecimiento de terror a la joven.

UN «ELECTRÓFAGO», PERFECTAMENTE REPRODUCIDO, LES MIRABA CON SUS GRANDES Y REDONDOS OJOS FIJOS POR LOS QUE EMITÍA CHISPAS DE TODOS LOS COLORES.

Milestone volvió a apoderarse de la cintura de su esposa.

—Vamos, querida, alejémonos de aquí...

Les parecía como si toda la fantástica luminosidad de la Exposición hubiese perdido la admiración que despertó en ellos desde el momento de la entrada. Apresurándose, lograron atravesar la masa humana que circulaba en dirección contraria sorprendiendo no pocas miradas de extrañeza que la gente les dirigía al pasar. En efecto, para todos los que pensaban pasar en el recinto varias horas de alegre diversión, la marcha de aquella pareja era un motivo que no podían explicarse y que, por lo tanto, les llamaba poderosamente la atención.

Por el contrario, para Bruce y Margaret, la sensación de intensa angustia que experimentaban estaba profundamente motivada. Todos aquellos tranquilos seres que iban cruzando, camino de la salida del recinto, habían tenido la dicha de no conocer los terribles momentos que pasó la población entera del Imperio. Tan sólo los habitantes de Oslo y de otras ciudades noruegas, conocían perfectamente la terrorífica aparición de los «Electrófagos».

Ellos, de esto estaban seguros Margaret y Bruce, no sonreirían tampoco al ver el anuncio de mal gusto de aquella barraca.

—Siempre pasa igual —dijo Milestone, una vez que estuvieron fuera del recinto de la Exposición—. La Humanidad se divierte con las cosas que han sido motivo de horror, pero que ya han pasado. ¡Somos unos estúpidos y unos cínicos... cuando no somos unos cobardes!

Se dirigieron directamente al hotel y tras abonar el importe de su estancia, montaron en su coche y salieron de la ciudad con la esperanza de encontrar un lugar más asequible en el que pasar las vacaciones que habían proyectado y que el ridículo afán propagandístico de algún expositor había estropeado definitivamente.

Salieron de la ciudad por el Norte, y marcharon un largo rato en completo silencio. Tan sólo el suave run-run del motor se oía en el apacible ambiente de la noche.

—Detente un poco, cariño —dijo inopinadamente la joven—. Deseo respirar y estirar las piernas un momento.

Bruce frenó suavemente el vehículo y tras apagar las luces descendió dando rápidamente la vuelta para abrir la portezuela a su esposa.

Margaret subió lentamente a un altozano vecino a la autopista. Desde allí el foco luminoso de Berlín parecía una inmensa joya, un precioso diamante o una estrella que hubiese caído desde el cielo. Jamás, hasta entonces, se había conseguido reunir en un punto la enorme luminosidad que brotaba de la LII Exposición Internacional. Aun a la distancia a que se encontraban de la capital alemana, los dos americanos hubieron de convenir en que el espectáculo merecía la pena el ser contemplado.

—¡Es maravilloso! —musitó Margaret apoyando la cabeza en el hombro de su esposo.

—Sí —asintió éste con una voz en la que vibraba una real emoción—. La Humanidad puede mostrarse orgullosa del avance técnico que ha logrado. Pero los trágicos momentos por los que ha pasado nuestro Imperio demuestra inconvertiblemente que no somos más que los esclavos de las propias fuerzas que hemos puesto a nuestros pies. Parece mentira que los Hombres hayan olvidado tan pronto la terrible lección que nos dieron los «Electrófagos». Bastó que la electricidad nos faltase, para que todo nuestro poderío, para que toda nuestra fuerza y nuestro orgullo de supercivilizados se viniese abajo como el más frágil castillo de naipes. Ahora —añadió señalando la brillante joya que era la ciudad— volvemos a enorgullecernos de nuevo; tornarnos a exponer lo que más que conquista significa una terrible y cierta esclavitud. ¡Sí, Margaret, nuestros abuelos estaban en lo cierto al pensar que la Técnica sería nuestro Amo, nuestro Dueño absoluto! Hemos creado una forma de vida artificial en la que dependemos de tantas cosas, nada sólidas ni seguras por cierto, cuya desaparición nos haría mucho menos dichosos que los hombres prehistóricos con sus pobres medios y con un diminuto fuego, logrado con gran esfuerzo, como única muestra de comodidad.

Había acabado de hablar hacía mucho tiempo y las palabras seguían sonando en los oídos de Margaret como algo que le hubiese llegado desde otros confines. La voz de su esposo había sonado para ella como las trompetas de los Ángeles que señalasen la inminente llegada del Apocalipsis.

Súbitamente, lo inesperado aconteció mientras ellos seguían mirando la luminosa ciudad de Berlín...

Una oscuridad terrible les envolvió por completo. Durante algunos instantes, por un fenómeno puramente fisiológico, siguieron viendo brillar las luces de la urbe en la negrura que les rodeaba. Pero, poco después —en realidad todo pasó en algunos segundos—, comprendieron, sin lugar a dudas, lo que acababa de ocurrir.

¡BERLÍN SE HABÍA APAGADO COMO SI UN FORMIDABLE GIGANTE HUBIESE SOPLADO VIOLENTAMENTE SOBRE LA LLAMA VIVA DE SU LUMINOSIDAD!

Las manos de Margaret buscaron las de su esposo, estrechándolas con un gesto que llegó a ser convulsivo. Sin haber oído una sola palabra de los labios de su mujer, Bruce entendió perfectamente aquel mudo lenguaje en el que ella expresaba lo que no se atrevía a decir con palabras.

¡LOS «ELECTRÓFAGOS»!

Nada era de extrañar que las terribles criaturas, refugiadas hasta entonces en cualquier lugar del Espacio, se hubiesen visto atraídos por aquella fantástica antorcha eléctrica en que se había convertido la ciudad de Berlín. Ahora, con sus cortas y repugnantes trompas, estarían saciando sus instintos; satisfaciendo, en un banquete fenomenal, sus ansias de energía y convirtiendo a pobres seres humanos en las negras piedras en quedó transformado el profesor Georges.

—¡Somos unos necios, Margaret! —exclamó Bruce con un acento en el que se filtraba el dolor infinito que sentía ante la catástrofe que se precipitaba de nuevo sobre la Humanidad—. ¡Somos unos necios! —repitió—. Todo cuanto acabo de decir hace unos instantes se ha convertido, desgraciadamente, en una realidad en la que se vuelve a repetir todo el dolor, toda la tragedia que nosotros pasamos. ¡YO SÉ CÓMO COMBATIR A LOS «ELECTRÓFAGOS»! ¡YO SOY EL ÚNICO SER HUMANO QUE HA LUCHADO CONTRA ESAS FEROCES BESTIAS, VENIDAS DE ALGÚN MALDITO RINCÓN DEL COSMOS, Y SE QUÉ TRATAMIENTO SE LES DEBE DAR! Ayudaré a los hombres para combatirlos, con la esperanza de que esta segunda lección no les haga olvidar que la Tierra, flotando en el Espacio, nuestro amado Planeta, no es más que una preciosa presa para los buitres que nos observan desde otros lejanos mundos.

Conociendo ya las características de sus enemigos, Bruce puso en marcha su vehículo, teniendo cuidado de no encender más que las luces de ciudad. Después, apretó al acelerador, logrando la máxima velocidad y siguiendo siempre la dirección Norte.

Al atravesar, horas después, la frontera del Estado alemán para adentrarse en el Estado de Dinamarca, las primeras noticias de la espeluznante catástrofe que había caído sobre Berlín les llenaron de horror, levantando en ellos un cúmulo de desagradables recuerdos que creían haber encerrado en el olvido para siempre.

Perdiendo el mínimo tiempo posible, prosiguieron su camino hacia la capital del Estado y una vez en Copenhague, se encaminaron directamente a la Embajada del Imperio. Su excelencia, míster Tuller, no les hizo esperar casi nada. El nombre de Bruce Milestone era todavía demasiado conocido en el mundo.

Después de un intercambio de banalidades impuestas en el hábito de todo

diplomático, por la fuerza de la costumbre, mister Tuller pasó a interesarse por los motivos de la visita de los esposos Milestone.

—Llegamos directamente de Berlin, señor Embajador —explicó Bruce—. Creo que conocerá usted, con más detalle que nosotros, la terrible tragedia que ha caído sobre la capital alemana. Nuestros temores, nacidos de la horrible experiencia que sufrimos en el imperio, se han visto ratificados por las noticias que nos han dado en la frontera. ¡Los «Electrófagos» han caído otra vez sobre nosotros!

—En efecto —asintió el Embajador.

Los ojos de Bruce brillaban intensamente mientras se retorció las manos mostrando la nerviosidad que se había apoderado de él. Durante unos minutos, en que reinó un absoluto silencio, estuvo dudando en dirigirse al Embajador o esperar hasta que pudiera llegar al Imperio. Finalmente, se decidió por lo primero.

—Como su excelencia recordará —empezó a decir—, tuve ocasión de establecer combate con esas extrañas criaturas y, desde entonces, no he cesado en forjar un plan por si se les ocurría volver. Todos los documentos referentes a este estudio, hecho matemáticamente, están en mí despacho de New York. Sin embargo, sería capaz de reproducirlos de memoria para no perder ni un solo segundo.

Se quedó mirando al Embajador mientras éste, con los ojos entornados, parecía estar sumido en un profundo ensimismamiento.

—¿Cuáles son exactamente sus proyectos?

Una sonrisa de triunfo apareció en los labios de Bruce.

—¡Destruir a los «Electrófagos»! —Luego, con más vehemencia—. ¡Destruirlos completa y definitivamente! ¡Para siempre! ¡Que la Humanidad pueda descansar en paz sin el temor de que una ingrata muerte se precipite sobre ella en el momento más inesperado!

Los dedos del Embajador tambolireaban nerviosamente sobre la mesa de su despacho.

—Le comprendo perfectamente, mister Bruce; pero, por fortuna, parecer ser que esta vez el peligro no ha caído sobre el Imperio.

Una oleada de indignación hizo que el rostro del ingeniero enrojeciese de tal forma que pareciera iba a sufrir una congestión.

—¡No podemos ser tan egoístas, excelencia! ¿Qué importa que sea Alemania o Europa las que tengan la desdicha de sufrir una nueva invasión? ¿Qué puede afirmarnos que los «Electrófagos» no volverán a caer sobre el Imperio? —Su voz decreció de tono—. Observe usted bien la naturaleza de los hechos. Nadie puede dudar que los «Electrófagos» están dotados de una gran inteligencia —hizo una pausa; luego, con una voz profunda y como si hablase consigo mismo—. Primero atacan al Imperio. Luego, inesperadamente, desaparecen tras haber atacado algunas Ciudades de la Península Escandinava. Después, caen sobre Europa —volvió a mirar fijamente a mister Tuller—. ¿No ve usted, excelencia, una idea preconcebida en todo esto?

Los «Electrófagos» están procurándose electricidad, cada vez en un lugar distinto, de forma a no agotar, de una sola vez, las fuentes de energía que necesitan. Ahora, naturalmente, no han cometido el error de volver a atacar el Imperio, cuya industria se está reorganizando. Pero cuando hayan acabado con la mayor parte de la electricidad europea, africana, asiática y oceánica. ¡VOLVERÁN SOBRE NOSOTROS! ¡No lo dude, Embajador! Volverán sobre nosotros porque ya tendremos electricidad suficiente para saciar sus necesidades. ¡La amenaza que cae hoy sobre Europa y que cayó, hace muy poco tiempo sobre el imperio Tras-Oceánico, volverá a ser una realidad en cualquier momento. ¡HAY QUE ACABAR CON LOS «ELECTRÓFAGOS»!

Mister Tulier estaba visiblemente convencido. Las palabras del joven ingeniero encerraban una verdad irrefutable. De todas formas, el hábito diplomático frenó el impulso de sus palabras.

—Tendré que hablar con Wáshington —dijo—. Su personalidad es lo suficientemente conocida en el Imperio para subrayar la importancia de sus manifestaciones.

—¡Hay que obrar en seguida! —insistió Bruce—. Cada momento que dejemos pasar será fatal para muchas criaturas humanas.

—Voy a llamar esta misma noche —afirmó el Embajador—. Usted y su esposa pueden alojarse en el «Ribe»; voy a prevenir ahora mismo para que les preparen sus habitaciones. El «Ribe» está situado en el barrio Frederiksberg, al Oeste de la ciudad. El camino es fácil, no tienen más que seguir el bulevar al salir de la Embajada.

Besó la mano de Margaret, estrechando después la de Bruce. Ambos, una vez fuera del edificio, subieron al coche, dirigiéndose directamente al hotel.

Fue inútil todo cuanto hicieron por alcanzar un sueño reparador. La nerviosidad era demasiado intensa para lograrlo. Con las lámparas de las mesillas encendidas hubieron de plegarse a la realidad.

Margaret, en su lecho, no dejaba de dar vueltas intentando cerrar los ojos. Por su parte, Bruce, que ya se había percatado de la inutilidad de su esfuerzo, fumaba cigarrillo tras cigarrillo, siguiendo con aparente interés la marcha ascendente de las azuladas volutas hacía el techo...

Para él, el problema se planteaba de una manera definitivamente cruda. Consideraba que aquélla era la última ocasión que se presentaba a los humanos para deshacerse definitivamente del peligro que les había llegado desde las profundas negruras del Espacio.

—¡Ahora o nunca! —exclamó en voz alta.

Margaret se volvió, en su lecho, desesperadamente, convencida de que el descanso no podría alcanzarse aquella noche.

—¿Qué dices, querido? —inquirió, a pesar de que había entendido perfectamente el sentido de la exclamación de Milestone.

—Estaba pensando en que el Embajador debe estar hablando con Washington —

repuso el joven—. ¡No sabes cuánto hubiese dado por haber sido yo el que telefonease! No sé si míster Tuller sabrá expresar como conviene toda la tremenda realidad del asunto.

—¡No te preocupes, Bruce! —replicó ella animándole—. Estoy segura que el Embajador pondrá todo el interés en ello. Ya sabes que las mujeres no suelen equivocarse en sus apreciaciones. Mientras hablabas con él, me di perfecta cuenta de que tus palabras le llegaban muy hondo...

—¡Ojalá no te equivoques!

Las horas seguían pasando con una lentitud horrible. Los dos esposos, sin cruzar una sola palabra entre ellos, no dejaban de pensar en la misma alucinante cuestión.

¿Qué ocurriría en Alemania?

Podían imaginarse fácilmente —no sin un estremecimiento involuntario de terror— lo que estaba aconteciendo en aquellos lugares en los que los «Electrófagos» habían caído como perros de presa. La muerte, la desolación, el terror, la huida alocada en la terrible soledad de la noche.

Repentinamente, el teléfono empezó a sonar con una terrible insistencia. Los dos al mismo tiempo saltaron de sus lechos precipitándose hacia el aparato. La mano de Bruce chocó con la de su esposa que ya se había posado en el microteléfono.

Una carcajada brotó, al unísono, de sus bocas.

—¡Perdona, querida! —Se excusó él.

Margaret le pasó el aparato.

—¿Diga? —inquirió Bruce con una voz en la que la emoción había puesto un sensible temblor.

—Soy Tuller, míster Bruce...

El corazón del ingeniero empezó a latir violentamente.

—¡Diga!... ¡Diga, excelencia!

—Acabo de terminar mi conferencia telefónica con Wáshington. Les he expuesto todas sus manifestaciones y hasta me he permitido indicarles que usted tenía los planos de defensa contra los «Electrófagos» en su despacho, para que fueran a buscarlos. He obrado mal, supongo. ¿No es así?

Bruce sintió que la impaciencia se convertía en una sensación completamente intolerable.

—¡Ha obrado usted perfectamente, excelencia! —repuso atolondradamente—. ¡Por favor, siga usted hablando!

Una risa breve se dejó oír al otro lado del hilo. El Embajador comprendía perfectamente el estado de ánimo del joven.

—¡Está bien! ¡Está bien!... Las autoridades del imperio han discutido profundamente el asunto; han puesto muchos reparos. En principio, me ordenaron que volviese a llamar unas horas más tarde. Pero luego, cuando se disponía a colgar...

¡LA LUZ SE APAGÓ REPENTINAMENTE!

Al mismo tiempo, la voz del Embajador se cortó secamente.

—¡Oiga!... ¡Oiga! —gritó desesperadamente Bruce.

La mano de Margaret se ciñó fuertemente al brazo de su esposo.

—¡Cariño! —musitó junto a su oído.

—¡Oiga!... ¡Oiga! —seguía gritando el joven, sabiendo perfectamente que no había nada que hacer.

Luego, brutalmente, la idea llegó a su conciencia iluminándola de una luz cegadora.

—¡Los «Electrófagos»! —gritó—. ¡Deben aproximarse a Copenhague!

Se vistieron, a tientas, lo mejor y más rápidamente posible. Bruce instaba a su esposa para que se apresurase. No estaba dispuesto a que los acontecimientos le ganasen la partida.

Bajaron al «hall», donde se habían encendido unas velas para remediar la precaria situación en que se encontraba el edificio. Atravesando como una tromba el vestíbulo, salieron a la calle, dirigiéndose hacia el lugar en que habían aparcado el coche.

Una oscuridad completa envolvía la ciudad como un lúgubre manto. La circulación era nula y las anchas avenidas tenían algo de tétrico en comparación con el aspecto que tenían cuando salieron de la Embajada y marcharon al hotel.

—¡Conduce tú —ordenó Bruce— y no olvides de llevar los faros apagados.

El ingeniero sacó su pistola y recostándose sobre la ventanilla, con el brazo armado al exterior, vigiló el espacio mientras el vehículo se deslizaba velozmente hacia la Embajada. Margaret frenó sonoramente y antes que el coche se hubiese detenido por completo, Bruce corría ya hacia la escalinata que ornaba la entrada y que conducía a la puerta.

Con la culata del arma golpeó hasta que las protestas del interior llegaron a sus oídos. Un apatillado mayordomo apareció en la puerta. Sin hacer caso alguno de él, el joven subió las escaleras que conducían al despacho del Embajador, al que encontró en la puerta, seguramente extrañado por aquel escándalo y sosteniendo un candelabro que, sin duda alguna, utilizaba para trabajar.

—¡Bruce! —exclamó abogando una risa que, muy en contra de las circunstancias, brotó de sus labios.

—¡Dígame, excelencia!... ¡Dígame!

—Pase, pase...

Entró en el despacho girando inmediatamente su cabeza para no perder de vista al Embajador. Éste, súbitamente serio.

—No he podido comunicarle todo; el teléfono dejó de funcionar...

—¡Ya lo sé! —cortó impacientemente Bruce—. ¡El tiempo es oro, excelencia! ¡Los «Electrófagos» deben estar muy cerca de aquí! ¡Cada minuto que perdamos nos puede ser fatal!... —Luego, con una inusitada vehemencia—; ¿qué dijo Washington?

—Aprueba todo lo que usted haga. Me ha ordenado procurarle un documento

para darle carta blanca en el asunto. Aquí —agregó tendiéndole los papeles— tiene usted todo. El documento azul es la situación, en clave, ya traducida, de la situación y el rumbo que siguen los buques de la Sexta Flota que se dirigen rápidamente hacia las costas europeas. Sus métodos de combate se adaptarán a los proyectos que contenían los papeles que encontraron en su despacho. Un avión será puesto a su disposición en el aeropuerto —alargó la mano que el joven estrechó con fuerza—. ¡Mucha suerte, hijo mío, y que Dios le bendiga!

Momentos más tarde, el coche, siempre guiado por Margaret, surcaba como una exhalación la autopista que conducía al aeropuerto de Copenhague.

—Volveré en seguida, querida —dijo Bruce, después de explicarle rápidamente todo.

Ella movió la cabeza negativamente. Luego, con una gran energía.

—Querido míster Milestone. Siento comunicarle que su esposa no se apartará de usted ni un solo milímetro. La señora Milestone recuerda detalladamente la última vez en que su esposo —aún no lo era— marchó. La señora Milestone no cuenta las penalidades que ella pasó; pero sí recuerda los días y las semanas en que antes de casarse se consideró mil veces viuda... hasta que la Televisión le dio la alegría más grande de su vida. Por todo lo que antecede, la señora Milestone irá a cualquier lugar a que vaya su maridito. ¡He dicho!

No hubo nada que hacer para convencerla de lo contrario. Todos los argumentos que Bruce empleó se estrellaron contra la rígida postura en la que se había encerrado Margaret. En el fondo, muy en el fondo, el ingeniero no podía por menos de darle la razón...

Una vez en el aeropuerto, totalmente a oscuras, se presentaron al jefe que se puso inmediatamente a sus órdenes. Convencerle que Margaret era una nueva pasajera para aquel avión que partía hacia lo desconocido, costó algo más. Pero, al fin, todo fue dispuesto lo más rápidamente posible y los motores del aparato de reacción estuvieron muy pronto en marcha.

Fue entonces, cuando ya estaban acomodados en la cabina, que Bruce se precipitó junto al piloto, en el momento preciso en que éste se disponía a despegar.

—¡Espere!... ¡Espere! —gritó.

CAPITULO SEGUNDO

Todo el Espacio aéreo, desde el Norte de África hasta las heladas regiones de Laponia, estaba en manos de los «Electrófagos». Las grandes ciudades, las inmensas fábricas, todo, en fin, bajo ellos, estaba sumido en una terrible e intensa oscuridad. En su rápido desplazar por el Espacio, la electricidad huía de la Tierra hacia la polvareda cósmica en que se encontraban los restos del pueblo extraño. «T'ais» podía mostrarse contento, así como el grupo de sabios que le rodeaban.

Primero fue Berlin, con el maravilloso y atrayente brillo que le prestaba la extraordinaria luminosidad de la LII Exposición Internacional. Luego fueron Londres, París, Madrid, Roma, Varsovia, Helsinki, Moscú...

Los «Electrófagos» se habían lanzado ávidamente sobre aquella tierra que encerraba una riqueza maravillosa para ellos. Desde hace mucho tiempo; desde miles de años que llevaban vagando por espacios intersidiales, jamás habían tropezado, en su errante y singular camino, con un Planeta que reuniese las condiciones del globo terráqueo.

Aquella terrible noche, mientras los «Electrófagos» se hacían los dueños absolutos de casi la totalidad de Eurasia, un avión, que remolcaba un planeador, vagaba hacia el océano en busca de los buques a propulsión atómica de la Sexta Flota del Imperio Trans-Oceánico.

Bruce y su esposa eran los únicos viajeros del planeador que estaban dotados de esquís para el agua, al estilo de los antiguos hidroaviones. En el último instante, cuando el avión que les precedía iba a partir con ellos en el interior, Bruce había tenido una idea que quizás fuese la única que les permitiese llegar junto a la escuadra.

Los pronósticos del ingeniero se cumplieron exactamente. Ocho minutos antes de recibir la última llamada por radio del buque insignia, que había establecido contacto con ellos, los «Electrófagos» atacaron el avión reactor, después de convencerse que lo que llevaba detrás no contenía la menor cantidad de electricidad. Los motores del aparato se detuvieron y sus pilotos debieron iniciar un peligroso planeo.

Entretanto, Bruce, que había cortado el cable que le unía con el aparato, hacía descender diestramente su planeador, orientándole hacia el lugar por el que se acercaba la Sexta Flota.

Canoas especiales, dotadas de ametralladoras antiaéreas —todo seguía los planos del ingeniero— salieron en busca de éste, cuyo planeador se había posado no lejos del buque insignia.

Nada más que subir a cubierta, el joven se percató con satisfacción de que sus instrucciones se habían cumplido a rajatabla. El jefe de la Flota se acercó a ellos y, después de saludarles, explicó, señalando los enormes cohetes que se agolpaban por doquier.

—Nos los enviaron rápidamente desde Washington. Están acondicionados según sus planes, míster Milestone.

Bruce irradiaba una alegría extraordinaria.

—¡Manos a la obra entonces! —Luego—. ¿Ha llegado el profesor Hiltton?

—Está abajo, en mi despacho —repuso el marino—. Llegó directamente en un avión especial y creo que sigue enredado con los documentos que fueron a buscar a su domicilio.

Un ascensor les condujo, en pocos segundos, al interior de la colosal nave. Mientras descendían.

—¿Han sufrido algún ataque? —inquirió Bruce.

—¡Varios! —Contestó el marino, agregando una sonrisa—. Pero tenía usted toda la razón del mundo. ¡Las balas trazadoras de nuestras ametralladoras cuádruples son unas «píldoras» que esos bicharracos digieren muy mal. ¡Es cómico ver como explotan!

Habían llegado y el profesor Hiltton se levantó para saludar a Margaret. Luego, mirando fijamente a Milestone.

—Joven —dijo—, debo confesar que sus trabajos me han maravillado. No se extrañe que cuando todo esto se acabe le reclame junto a mí. Hombres de su valor científico no deben perderse en asuntos comerciales como el de la «Electric Control Center».

El que acababa de hablar, míster Claude Hiltton, era la primera autoridad en Electromagnetismo del mundo. Bruce, muy a pesar suyo, se ruborizó.

—Muy honrado, profesor.

—Dejemos eso ahora —señaló las notas del ingeniero que tenía ante la mesa—. El único punto discutible es que podamos destruir lo que usted denomina, tan poéticamente, la posición base de los «Electrófagos». ¿Tiene usted alguna idea concreta a este respecto?

—¡Naturalmente! Desde el primer momento en que me tropecé con este problema, lo enfoqué desde un punto puramente físico. Considerando las pocas posibilidades de existencia de unos seres tan extraños, llegué a la conclusión de que la única manera para que tal cosa ocurriese debía ser la siguiente: Los «Electrófagos» son cargas eléctricas que deben vivir en alguna especie de polvo cósmico cargado con signo contrario. De ahí la atracción que será su forma de lo que nosotros llamamos «g»; es decir, «la fuerza de la gravedad». Para moverse deben utilizar su energía eléctrica. Pero estoy seguro de que una vez que han acabado su misión, regresan a su «mansión» en el Espacio que, en forma alguna, podrá encontrarse muy lejos de nosotros. Dadas sus especiales características, esa polvareda cósmica debe estar, hoy por hoy, bajo el influjo de la fuerza de atracción de la Tierra.

—¿Y cómo saber el punto exacto en el que se encuentra? —inquirió Hiltton.

—Eso serán los propios «Electrófagos» los que nos lo indicarán. Mi idea, por desgracia, se basa en fuertes argumentos que, sin embargo, tienen un punto débil. Todo depende de la altura que logremos alcanzar con los cohetes antes de que los «Electrófagos» se lancen sobre ellos —hizo una pausa—. Como usted sabe, profesor,

el misterio de esos cohetes es doble. Por una parte llevan una cantidad de electricidad, en forma de baterías superconcentradas, formidable. Por otra parte llevan también una carga atómica —de uranio— bastante respetable y unida a un mecanismo higrométrico —¡no podíamos cometer el error de someterlo a la electricidad!— que las hará estallar una hora después de su lanzamiento.

—¡No entiendo nada! —Lanzó el marino que parecía estar escuchando griego.

—Es muy sencillo —prosiguió Bruce—. Una vez que los cohetes estén en el aire, su riqueza en electricidad llamará la atención y atraerá a los «Electrófagos». Éstos, seguramente incapaces de apoderarse de toda la carga que llevan los cohetes, estarán tentados de trasladarlos a su «mansión». Éste es el anzuelo y el punto débil de mi plan.

—¿Y si cayesen en la trampa? —Tornó a intervenir el jefe de la Flota.

—Entonces, una hora después, las explosiones de uranio destrozarían el «equilibrio de masas» de esa polvareda cósmica, matando a la mayoría y dejando, digamos sin «patria», a los que andan rondando por la Tierra. Los resultados se harían ver en seguida, ya que los «Electrófagos» se verían obligados a «posarse sobre algún sitio» que no podría ser otro que nuestras tierras. Incapaces de huir, serían puestos fuera de combate en pocos días.

—En efecto —concluyó el sabio—. Washington ha preparado un Ejército especial que desembarcará en Europa en el momento que les comuniquemos que la nebulosa polvorienta de los «Electrófagos» ha desaparecido.

Hubo un corto silencio tácito en el que todos convinieron, como si desearan elevar una plegaria al Cielo antes de lanzarse a aquel terrible experimento, cuyo fracaso acarrearía la esclavitud para los humanos.

—Vamos a proceder al lanzamiento de los primeros cohetes —indicó Bruce.

Subieron a cubierta, donde los marinos del buque insignia estaban ya atareados en la colocación de los largos «cigarros puros» en las rampas de lanzamiento.

El profesor Hilton y Milestone proporcionaron a los tiradores los datos matemáticos que necesitaban. Lentamente las rampas se inclinaron, consiguiendo el ángulo requerido y apuntando a la negrura del Espacio.

Las comunicaciones entre todos los barcos de la Sexta Flota se mantuvo, a partir de aquel momento, en estado de febril funcionamiento. En todos los buques las rampas se prepararon rápidamente, esperando solamente la orden de lanzamiento.

—Vamos a lanzar el primero —dijo Bruce con un tono de evidente emoción en la voz. Luego, acercándose al micrófono de órdenes, gritó— ¡FUEGO!

Un silbido horrísono desgarró el silencio de la noche. Envuelto en las llamas de sus mecanismos propulsores, el cohete subió vertiginosamente destacando entre las sombras que envolvían al navío.

Con los ojos apoyarlos en los ribetes plásticos de los potentes aparatos ópticos, Bruce y el profesor seguían la estela luminosa que se iba alejando velozmente. De repente, de gargantas de ambos hombres brotaron sendos gritos de alegría.

Allá, en las profundidades negras del Espacio, los «Electrófagos» habían asaltado al cohete y empezaban a «aspirar», con sus cortas trompas, la electricidad que contenía. Pero el proyectil, impelido por una velocidad imponente, arrastraba en su marcha a los extraños seres que se habían pegado a él. Éstos debieron percatarse de algo porque, lentamente, empezaron a desviar la trayectoria del cohete, logrando arrastrarlo hacia el Este.

SUS CUERPOS LANZABAN UNA POTENTE LUMINOSIDAD.

—¡Ya se lo llevan! —gritó Bruce sin poder contenerse—. ¡Deben estar situados sobre el centro de Asia!

—¡Lanzad el total! —ordenó el profesor.

Los doscientos cohetes que se amontonaban en los barcos de la Sexta Flota hendieron el aire, uno tras otro, formando un cortejo fantástico que hacía pensar a un enorme grupo de meteoros incandescentes que surcase el espacio.

Los «Electrófagos» repitieron la maniobra con todos ellos. Era seguro que el potente «T'ais» no había visto jamás una tal riqueza eléctrica en su extraña nebulosa, situada sobre la monstruosa cadena montañosa del Himalaya.

En el buque insignia, la emoción subía de grado constantemente. Con los ojos fijos en los cronógrafos y vigilando igualmente los «sismógrafos supersensibles», cuyas antenas estaban hundidas entre las aguas del océano y sus hermanos gemelos los «sismógrafos aéreos» que analizarían cualquier explosión en el aire, el profesor Hilton y Bruce sentían que sus corazones amenazaban con salirse de sus respectivos tórax.

Inopinadamente, las agujas de los aparatos empezaron a vibrar locamente. Minutos más tarde, el rugido de una explosión formidable se dejó oír a través del Espacio.

Los cronógrafos marcaban exactamente la hora transcurrida desde el lanzamiento.

Un estentóreo concierto de gritos de júbilo brotó por doquier.

¡LA NEBULOSA DE LOS «ELECTRÓFAGOS» HABÍA SIDO DESTRUIDA!

Un mensaje fue cursado a Washington e inmediatamente la formidable fuerza armada que estaba dispuesta para la lucha, se puso en marcha...

Bruce se precipitó en los brazos de Margaret y los marinos de la Sexta Flota fueron testigos de un beso cuya duración marcó un nuevo «récord» en todo lo que podían haber visto hasta entonces...

EPILOGO

Los «Electrófagos» que desesperados tuvieron que volver hacia la Tierra, fueron destruidos implacablemente y algunos de ellos capturados vivos para su estudio.

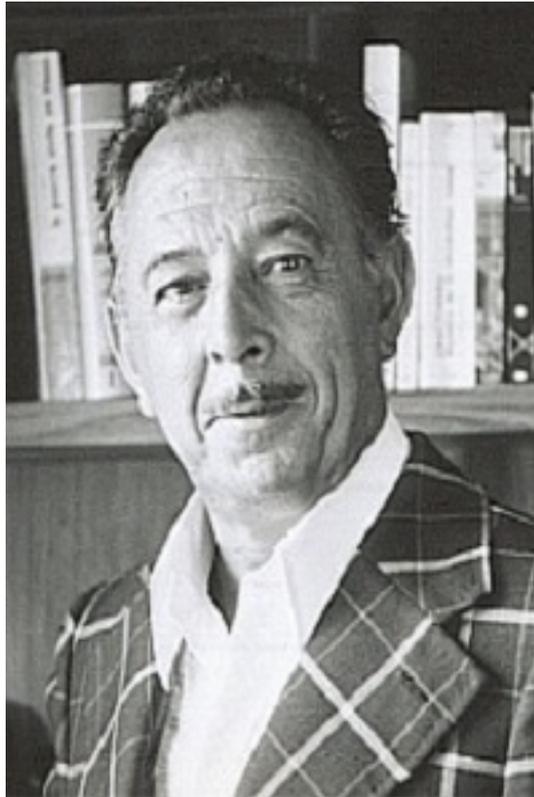
Las ciudades afectadas volvieron a organizarse y la vida tornó a transcurrir por los tranquilos cauces por donde había ido hasta entonces.

El recuerdo de aquellos trágicos momentos fue borrándose de la mente de las gentes. ¡El Hombre olvida demasiado pronto los dolores que le proporciona su existencia!

Pero los que visitaban el monumental Museo de Historia Natural de New York tenían ocasión de entrar en una sala en la que no podían evitar un involuntario estremecimiento.

Allí, dentro de unas vitrinas especiales, los ojos redondos de los «Electrófagos», que eran alimentados por un procedimiento de pila eléctrica, clavaban sus brillantes miradas en los visitantes...

Y nunca, desde el principio, ninguno de ellos se detuvo ante aquellas vitrinas más del tiempo necesario para echar una rápida ojeada y... marcharse lo más rápidamente posible.



ALAN COMET fue uno de los muchos seudónimos del escritor español Enrique Sánchez Pascual.

Otros seudónimos: Alan Star, Karl von Vereiter y Law Space.

Nació en Madrid en agosto de 1918. Comenzó estudios de medicina, pero el inicio de la Guerra Civil le obligó a dejarlos.

Luchó en el bando republicano y, al terminar la guerra, se vio obligado a exiliarse a Francia, donde conoció a su esposa. Su regreso a España le costó cumplir condena en la cárcel de Figueras. En la posguerra trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos hasta que, animado por un amigo escritor, decidió dedicarse a la literatura.

Su trabajo para la editorial Bruguera le hizo trasladarse a Barcelona. Como era habitual en los escritores de posguerra, escribió en numerosos géneros además de la ciencia ficción, llegando a colaborar con Félix Rodríguez de la Fuente en una revista. Fuera de la ciencia ficción destacó como escritor de historias bélicas, llegando a convertirse en un experto en la Segunda Guerra Mundial.

En el género de la ciencia ficción su producción fue prolífica, llegando a escribir, literalmente, cientos de títulos para las editoriales Toray y Bruguera. Según su hijo escribía una novela por semana, si no más. Llegó, incluso, a crear su propia editorial, Mando, para la que escribió quince títulos bajo el pseudónimo de Alan Comet en una colección denominada Robot.

Falleció el 11 de marzo de 1996, a los 77 años de edad, en Sant Pere de Ribes, localidad próxima a Sitges. A decir de su hijo, Sánchez Abulí, su padre era una persona profundamente vital que se entusiasmaba con todo aquello por lo que se interesaba, inflamándose con constantes ideas y proyectos.

Notas

[1] Medida apta para las distancias cósmicas. Un «año-luz» equivale, aproximadamente, a 946 080 000 000 de kilómetros. <<

[2] Fenómenos luminosos que se producen al cerrar los ojos o al mirar en la oscuridad. <<

[3] ENTROPÍA.— Concepto que significa que parte de la energía del Universo va convirtiéndose en algo que no puede sufrir ya modificación ni utilidad alguna. La expresión de los «Electrófagos» podría hacer creer que habrían logrado emplear esta energía inerte, convirtiéndola en utilizable, lo que derrocaría completamente las ideas de la Física moderna. (Nota del Autor.) <<

[4] CIBERNÉTICA.— «Del griego, ciberneis, gobernar». Palabra creada por N. Wiener en 1947. Designa el estudio del funcionamiento de los centros nerviosos de los animales, de las transmisiones eléctricas de las modernas máquinas de calcular y de los aparatos electromecánicos (robots, cerebros electrónicos, aparatos teledirigidos o autodirigidos, etc.). [4] <<